

Acequiñas

AÑO 20 Verano 2017
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

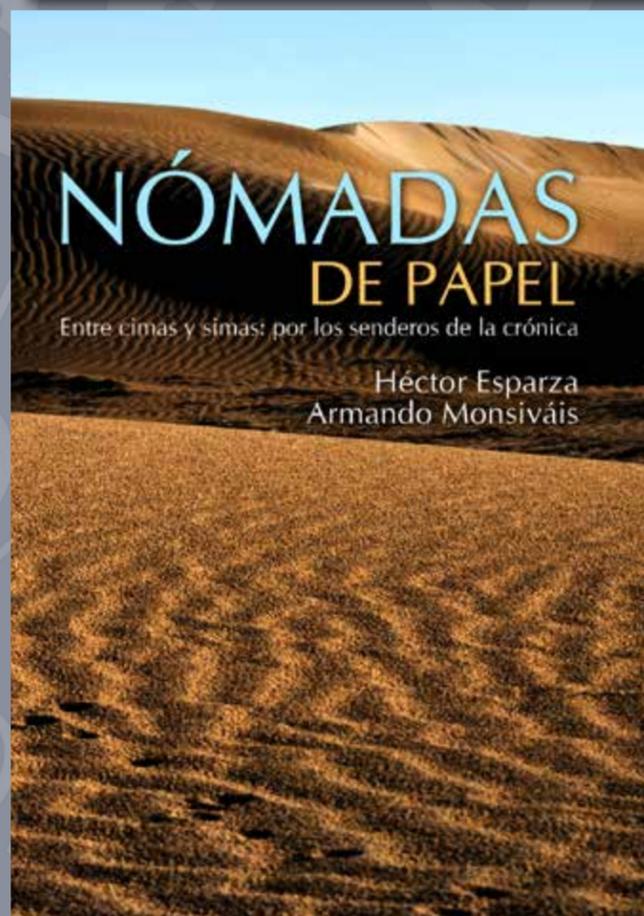
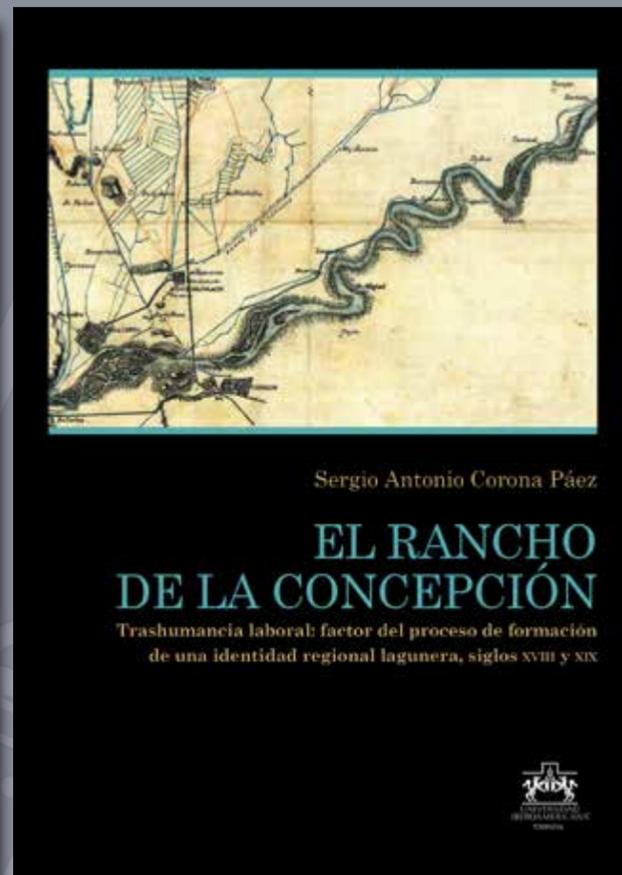
REVISTA DE DIVULGACIÓN
ACADÉMICA Y CULTURAL

73

Ciudadanía, violencia
social y dignidad
Nuestra responsabilidad
ante la injusticia

- Memorias en ocho bits
- Apología de las telenovelas
- + ensayo, reseña y narrativa





LIBROS PUBLICADOS EN 2016 POR EL CENTRO DE DIFUSIÓN EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

La heterogeneidad de las políticas sociales en México: instituciones, derechos sociales y territorio, Óscar Alfonso Martínez Martínez *et al.*, Universidad Iberoamericana Ciudad de México, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente y Universidad Iberoamericana Torreón, México, 2016, tomo I-414 pp., tomo II-397 pp.

El rancho de La Concepción. Trashumancia laboral: factor del proceso de formación de una identidad regional lagunera, siglos XVIII y XIX, Sergio Antonio Corona Páez, Universidad Iberoamericana Torreón, Torreón, 2016, 196 pp.

Nómadas de papel, entre cimas y simas: por los senderos de la crónica, Héctor Esparza-Armando Monsiváis, Universidad Iberoamericana Torreón-Teatro Isauro Martínez-Revista Nomádica, Torreón, 2016, 147 pp.

INFORMES:
jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx

Acequias Índice

Número 73, mayo-agosto de 2017

Universidad Iberoamericana Torreón
Guillermo Prieto Salinas, SJ
Rector

Lorena Giacomán Arratia
Directora General Académica

José Francisco Méndez Alcaraz, SJ
Director General Educativo

Jaime Muñoz Vargas
Coordinador del Centro de Difusión Editorial

Jaime Muñoz Vargas
Revisión y edición

Ileana del Río
Raúl Alberto Blackaller V.
Daniel Lomas
Comité Editorial

Edición Verano 2017. Octava época, año 20. Revista de divulgación publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón. *Acequias* aparece tres veces por año. Sugerencias y colaboraciones: Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila. Edificio F planta baja. Teléfono: (871) 705 10 10 ext. 1135. Correo electrónico: publicaciones@iberotorreon.edu.mx Número de reserva al Título en Derechos de AutoRP: 04-2006-032716162900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825, y Número de Licitud de Contenido: 8708, otorgados por la Secretaría de Gobernación. Las opiniones de los colaboradores no representan la postura institucional de la Universidad y son responsabilidad de los autores.

Versión en línea:
<http://itzel.lag.uia.mx/publico/publicaciones.php>

- 2 Editorial
- 3 Ciudadanía, violencia social y dignidad
Salvador Sánchez Pérez
- 6 Nuestra responsabilidad ante la injusticia
Claudia Guerrero
- 10 Memorias en ocho bits (mal empleados)
Iván Hernández
- 13 Apología de las telenovelas
Atenea Cruz
- 15 El terreno que pisó la poeta
María Fregoso
- 19 "Sensini" de Roberto Bolaño: entre lo político y lo íntimo
Renata Iberia Muñoz
- 24 El guerrillero, vida de un ejemplo
Jaime Muñoz Vargas
- 27 La lección del maestro: microrrelato y escritura en David Lagmanovich
Laura Pollastri
- 33 De los sueños
Hugo Valdés
- 36 Viaje a París
Daniel Lomas
- 39 De Grado y otras páginas
Leandro Hidalgo



Esta edición de *Acequias* fue ilustrada con fotos y detalles de fotos de José Martín Gómez Tagle Morales (Ciudad de México, México, 1970), Emeritus Professor, DrEngArch (PhDArch), MEngArch and BArch. Arquitecto especialista en vivienda colectiva, paisajismo, urbanismo y diseño sostenible y de interiores. Director del Colectivo Internacional M8. Ex-Decano de la Universidad de Monterrey donde fue el Director Fundador del Centro Roberto Garza Sada de Arte, Arquitectura y Diseño (CRGS). Ha colaborado como arquitecto proyectista en SAYA (Hoy JSa), Corporación GEO y The Modern Architecture Institute, con obras construidas en México, Estados Unidos, Chile y Japón. Premiado en la IX y X Bienales de Arquitectura Mexicana. Profesor Emérito (Honoris Causa) por la Far Eastern National Technical University, Vladivostok, Rusia. Doctor en Arquitectura por la Universidad de Tokio, Japón. Cursos de posgrado en la Universidad de Porto, Portugal; Estonian University of Life Sciences, Estonia; Universidad Iberoamericana, México; The University of Arizona y Harvard University Extension School, USA.

Editorial

Los acercamientos de perfil sociológico comienzan el recorrido por estas páginas, las de *Acequias 73*, edición de mediados de año. Salvador Sánchez Pérez, académico de la Ibero Torreón, nos recuerda que luego de las masacres de 2010 que trastornaron severamente la dinámica de vida en La Laguna hubo grupos (Moreleando es uno de ellos) cuyo esfuerzo dio pie a muchas reflexiones sobre la recuperación ciudadana del espacio público; falta mucho por hacer, pues, como él observa, “la educación básica en México necesita un fuerte impulso para introducir los contenidos y prácticas de la ciudadanía en sus programas de estudio, prácticas organizativas y educativas”. Claudia Guerrero, maestra de la misma universidad, entabla un diálogo con el lector para acercarnos algunas consideraciones sobre la injusticia y sus implicaciones morales.

Iván Hernández, lagunero, y Atenea Cruz, duranguense, hacen cada uno un abordaje a dos de los productos más populares para el entretenimiento: uno en ascenso desde los ochenta, los videojuegos, y otro en franca decadencia tras la aparición de internet, las telenovelas. Llama la atención que estos dos colaboradores, ambos contemporáneos, recurran al humor para hilvanar sus párrafos.

Jóvenes estudiantes de literatura, una en la Ibero Puebla y otra en la UNAM, María Fregoso y Renata Iberia Muñoz nos comparten dos ensayos literarios. Respectivamente, uno sobre Safo, la espléndida poeta griega, y otro sobre el narrador chileno Roberto Bolaño. Estos textos críticos tienen un extraordinario complemento en la aproximación que establece Laura Pollastri, investigadora de la Universidad Nacional de Comahue, de la Patagonia Argentina, sobre el quehacer microrrelatístico del maestro David Lagmanovich.

Cierra este número un apartado narrativo: desde Monterrey, un fragmento del libro inédito *De los sueños*, del novelista y crítico Hugo Valdés; un cuento del también poeta Daniel Lomas, ex alumno de la Ibero Torreón, y una tanda de microficciones de Leandro Hidalgo, sociólogo y escritor de Mendoza, Argentina.

Esta edición, hay que enfatizarlo, fue ilustrada cabalmente con imágenes de José Martín Gómez Tagle Morales, arquitecto, fotógrafo y maestro de la Universidad Iberoamericana Torreón.

Ciudadanía, violencia social y dignidad

Salvador Sánchez Pérez

El domingo 31 de enero de 2010 es atacado a balazos el bar Ferry ubicado en Abastos y Águila Nacional en la ciudad de Torreón, Coahuila. Unas semanas después, el sábado 15 de mayo, ocurre el ataque al bar Juanas VIP, el día de su inauguración. El saldo es de por lo menos una decena de muertos en cada ocasión y un número considerable de heridos.

Sirvan estos dos casos como emblema de lo que ocurría cotidianamente en la región. La disputa por “la plaza” entre cárteles rivales ocurría en las ciudades de la Comarca Lagunera. La vida cambió para todos: pobres y ricos, los del centro y los de la periferia, todos debieron cambiar sus hábitos cotidianos.

Cuando “la violencia llegó”, el tejido social ya estaba roto. Entre el individualismo de la cultura occidental contemporánea y las relaciones clientelares que establece el sistema político mexicano entre gobernantes y gobernados, sin piedad acabaron con él; el choque entre cárteles únicamente hizo patente un hecho por demás contundente.

La violencia se había apoderado de las calles, pero mientras muchos se estacionaron en el pasmo intentando interpretar el significado de los acontecimientos, otros decidieron actuar. En tiempos en los que todavía no había nacido el discurso del “tejido social”, convencidos de la inutilidad de los discursos por la paz y ante la impotencia de enfrentar los núcleos generadores de violencia, hombres y mujeres de buena voluntad, con inteligencia y decisión, decidieron dar la batalla por recuperar su ciudad como espacio de todos, propio, y ante el cual se tienen responsabilidades y obligaciones.

¿Qué pasa cuando una persona cobra conciencia de la propia dignidad y de las obligaciones que tiene con la colectividad a la cual pertenece? ¿Qué procesos pueden catalizar estos descubrimientos? Escarbar en la historia reciente pudiera ser no sólo indagar algo que ocurrió en el pasado, sino buscar claves para entender nuestro presente y modelar el futuro. El aislamiento y las relaciones de sumisión son cómodas para todos, pero no son propias de seres humanos pensantes, conscientes y actuantes del siglo XXI.

Ciudadanos del siglo XXI son todos aquellos hombres y mujeres

Salvador Sánchez Pérez (Tlaxcala, Tlaxcala, 1969). Maestro en Filosofía Política por la Universidad de Guanajuato, 2008. Licenciado en Ciencias Religiosas por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, 2005. Ingeniero Químico por la Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1992. Ha realizado trabajo de promoción social de 2000 a 2010. Académico en la Universidades Iberoamericana de León (2004-2008) y desde 2010 a la fecha en la Universidad Iberoamericana Torreón. Su interés se ha centrado de manera teórica y empírica en desarrollos de la sociedad civil y la ciudadanía. salvador.sanchez.sj@gmail.com



que se saben parte de una sociedad compleja y que no se resignan a ser otro ladrillo en la pared. Parte también de esta realidad es el contexto económico y político que mueve los resortes de esta sociedad, contexto que actúa como diagnóstico inicial en que se da esta movilización ciudadana.

Torreón y toda la Comarca Lagunera tienen muchos de estos casos para presumir, personas que se han encontrado en el camino y que a falta de cuantiosos recursos ponen en común lo que tienen y lo que son, y que además lo ponen a disposición de la colectividad a la cual pertenecen. En lo absoluto están esperando que llegue “el poder” a resolver

los problemas, no se conforman con aquello que “buenamente” se les da.

Recordamos el emblemático movimiento “Moreleando, de vuelta al centro”, iniciativa completamente ciudadana, nacida al calor de la conversación informal, entre amigos de toda la vida, con el costal de ilusiones lleno para aportar algo mediante lo cual fuera posible recuperar la propia ciudad.

En esa tónica surgen, un poco antes, los movimientos ciclistas en la región. Su bandera fue siempre luchar por ocupar la calle —y se emparejaron a las demandas de movilidad urbana sustentable propias de la globalización alternativa— con el fin de devolverle a

la ciudad sus proporciones humanas a través de la promoción de la bicicleta para el uso cotidiano y para las labores normales del ciudadano promedio; estos movimientos enfrentaron al aparato administrativo caciquil e hicieron un esfuerzo enorme por posicionar temas en la agenda social.

Paseando por Gómez Palacio nos encontramos con “Casa Hidalgo Galería de Arte”, un colectivo de jóvenes exgrafiteros que con nada más que buena voluntad eligen participar en la reconstrucción de su ciudad a través del arte. Este colectivo tiene su origen y realiza su trabajo desde Gómez Palacio y para toda La Laguna.

Educar para la ciudadanía es tan necesario como contracultural. La cultura occidental contemporánea, enclavada además en la sólida tradición del régimen clientelar corporativo del sistema político mexicano, no deja lugar para utopías, que por lo demás buscan espacios para emerger.

Así tenemos que la educación básica en México necesita un fuerte impulso para introducir los contenidos y prácticas de la ciudadanía en sus programas de estudio, prácticas organizativas y educativas. Una mirada rápida a los libros de texto oficiales, con sorpresa, hace descubrir que los contenidos están ahí, en los planes y programas oficiales; sin embargo, el sistema educativo debe hacer mucho por intencional deliberadamente este horizonte.

Mirar todo el entramado social desde una perspectiva de género es fundamental. No que “los hombres sean de Marte y las mujeres de Venus”, el asunto es mucho más sencillo, pero más abstracto también, y por ello más difícil de manejar. Se trata de una serie de supuestos simbólicos sobre los

que están montadas nuestras prácticas cotidianas. Como son intangibles, pero además como articulan relaciones de poder, la tarea de desmontarlos se antoja casi imposible. Como sea, hay que hacerlo, y de hecho ya se está haciendo desde hace mucho, pero hay que catalizar el proceso.

La tercera nota que caracteriza este panorama son los altos niveles de desigualdad que contemplan las sociedades occidentales contemporáneas. Por eso sería interesante preguntarse ¿cómo se las arreglan los millones de habitantes de las mayoritarias zonas periféricas de las ciudades para ejercer sus libertades en los espacios que les quedan y en las

situaciones extremas de marginación en las que viven?

La reflexión que queda al final es que un ingrediente no sólo indispensable, sino el único ingrediente que puede “restituir el tejido social roto” en tiempos de caos social para hacer frente a la violencia generada por el anhelo de enriquecimiento instantáneo mediante el dinero del narco, no es otra sino *recuperar tanto el propio valor como persona como el sentido de obligación que tiene cada quien con la colectividad a la cual pertenece*. Lección importante, fundamental, clave ahora que el conflicto se ha generalizado en el resto del país. Enfrentar con valor

y decisión el caos es una bella lección que nos da no la gente, sino todas esas personas, hombres y mujeres, de todas las edades, condiciones sociales, niveles educativos, que simple pero contundentemente decidieron afirmar la vida.

Ni estrategias de seguridad, ni policías, ni servicios de inteligencia, sino la voluntad de una sociedad de ejercer y expandir los márgenes de libertad que el sistema les deja. Es obligada una reflexión por aquello que, en sentido literal, esta sociedad hace sobre sí misma. Es evidente que no hay última palabra, un diálogo inteligente se debe echar a andar y debe, en todo caso, continuar.



Nuestra responsabilidad ante la injusticia

Claudia Guerrero Sepúlveda

Introducción

Entre los problemas que se enumeran en el mundo globalizado encontramos la cada vez más profunda diferencia entre ricos y pobres, la disminución de los primeros y el incremento de los segundos. Esto es provocado por un sistema económico liberal-capitalista que acarrea además de los problemas derivados de la precariedad de los servicios de salud, de vivienda, vestido y educación de las personas en situación vulnerable, la discordia y el encono que surge entre nosotros por intolerancia a lo diferente, ya sea por nuestra filiación religiosa, nuestro tipo étnico, nuestro género o cualquier otra. Si a lo anterior le añadimos los problemas medioambientales por sobreexplotar los recursos naturales renovables y no renovables y abusar de la capacidad de los sistemas de acomodarse, nos damos cuenta de que tenemos problemas de todo tipo y nos enteramos de todos ellos por la inmediatez y la sensación de proximidad que nos proporciona la comunicación y la información ahora distribuida por las redes sociales y las aplicaciones móviles.

El diálogo con Dios es imperativo no sólo para no caer en la desesperación, sino para no quedarnos callados e indiferentes y poder escuchar lo que nos dice la historia.

Ideas incómodas

Una idea incómoda es la que nos interpela por vivir felices cuando hay tantas personas que sufren, y que podría condensarse en la frase “felices en la peste”. Camus lo llama “nostalgia irracional y humana”,¹ y se trata de esa necesidad de significado cuando la indiferencia del mundo es inamovible, absoluta y se traduce en respuestas como sé feliz, sonríele a la vida, huye de las “malas vibras”.

Otra es la que promueve el liberalismo capitalista, cuando en aras de la libertad absoluta permite que los más fuertes usen el derecho de dominar y prolongar la injusticia que es la fuente del sufrimiento y del apartheid económico que segrega, excluye y separa a las personas de acuerdo a su relación con el dinero, por el lugar en dónde viven, la ropa que usan, los viajes que hacen, las celebraciones que organizan.

Cómo es que aún y comprendiendo lo anterior vivimos con la con-

ciencia tranquila y nos atrevemos a aconsejar que esto puede tener remedio y decir “échele ganas, sé excelente en lo que haces, preséntate cómo una persona rica y serás considerado como tal”, o explicar todo como la realización del sueño americano, que lo que tenemos es el premio a nuestro trabajo y esfuerzo, lo que explica la superioridad y cómo es que a pesar de todo hay calamidades sin fin en las que las personas mueren de hambre o engañadas, esclavizadas o en conflictos bélicos en los que ni siquiera comprenden la situación que los hace estar ahí.

En este tenor de indiferencia el holocausto fue un suceso lógico, y hoy se considera que fue inevitable, predecible y esperado, y no hubo quién lo detuviera a sabiendas de lo que pasaba; así pues, ¿cómo es que ahora nos quedamos de nueva cuenta con la conciencia tranquila y callados ante el holocausto que sucede en múltiples frentes y condiciones sociales?

La alemana Elisabeth Noelle-Neumann, en su libro *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*,² sostiene que la opinión pública controla el comportamiento de los individuos y aliena a los individuos que optan por expresar posiciones contrarias, de tal forma que se enmudece a quienes poco a poco guardan sus opiniones y si hay una gran mayoría éstos no encuentran forma para defenderlas, por miedo al aislamiento callan y se dejan llevar por la masa. Por otra parte la idea de las mayorías actúa como un fenómeno de contagio, como el que observamos en los “memes” o mensajes virales, Además de este mutismo está el que producen las propias autoridades cuando ejercen presión y persiguen a quienes opinan en forma



contraria o cuando sienten amenazados sus intereses.

Es importante decirlo: Dios no hace a los pobres, la libertad humana es la que los hace y es una calumnia de los ricos decir que los pobres son los responsables y causantes de sus males. En tiempos de los Santos Padres, la limosna no era un acto de generosidad en el que se daba propio, sino algo que se devolvía y se consideraba del otro, de acuerdo a la voluntad expresa de Dios, quien señala que el ser humano que haya cubierto de manera sobria sus necesidades ya no posee el dinero que le sobra, sino que es de aquel que lo necesita. El hombre sólo es administrador de los bienes, esto es, no hay un derecho absoluto de propiedad.

La propiedad privada

Marx afirmaba que las leyes son los martillos que esculpen las sociedades, es decir, que somos nosotros los autores de las leyes que configuran nuestra forma de relacionarnos. Una de ellas la de la propiedad privada que funciona en sociedades con ciudadanos libres en apariencia, porque una vez que se establece el acuerdo colectivo esto limita la elección individual.

Cuando se establecieron los primeros acuerdos alrededor de la propiedad privada se modificaron las cosmovisiones

individuales, la libertad la ejercemos de manera individual y cotidiana cuando al objetar u opinar diferente lo decimos, cuando se cree que nada podemos hacer negamos nuestra libertad y también la responsabilidad que tenemos como ciudadanos.

Carlos Blas, en su ensayo de “La responsabilidad de los sabios, una alternativa a la propiedad intelectual”, expresa lo siguiente sobre el liberalismo y la propiedad:

Las cualidades de la libertad han sido sustituidas por una cuantificación, traducidas a moneda corriente, certificándose así la unión indisoluble e indistinta de la persona y lo poseído que define la yoidad liberal burguesa, hasta el punto de que un ser humano no se reconoce sin sus posesiones exclusivas. Parodiando un principio orteguiano, ya no es el hombre y sus circunstancias, sino el hombre y sus propiedades. De estas posesiones no importará la cualidad sino su valor de intercambio en el mercado: importa su tenencia como objeto mercantil no la utilidad que tenga en sí la cosa para la persona con lo cual la definición de pertenencia cae en el absurdo.³

Cuando cambiamos la visión de la propiedad nos equivocamos, el mundo

Claudia Guerrero Sepúlveda (Torreón, Coahuila, 1961). Ingeniera Química por la Universidad Autónoma de Guadalajara. Maestra en sistemas, planeación e informática, Maestra en educación y desarrollo docente, y Maestra en Historia de la Sociedad Contemporánea por la Universidad Iberoamericana Torreón. Profesora en la Facultad de Ciencias Químicas de la UAG, y en el departamento de Ingeniería de la Ibero Torreón desde 1994. Ha participado en las revistas *Vínculos*, *Acequias* y *Buenaval*. Ha publicado en el Handbook de la *Revista Ecorfan de Educación*. Comenzó a colaborar en la columna “Voces Ibero” de *Milenio Laguna* a partir de abril 2015. Autora de los blogs. <https://claudiaguerreros.wordpress.com/> y <https://historiacgs.wordpress.com/> claudia.guerrero@iberotorreon.edu.mx



adoptó la cultura del individualismo posesivo que alteró nuestra forma de reaccionar ante los valores y los vínculos afectivos que tenemos con otras personas, se generó una idolatría a la riqueza privada que se volvió relevante para mostrarnos como personas valiosas y merecedoras de reconocimiento, de suerte que nos hemos instalado en la buena conciencia de una “mala fe”,⁴ esto es, estar en el modo de ser lo que no soy atribuyendo los males no a la equivocación de la propiedad privada, sino a la injusticia del destino.

Ahora los individuos en soledad buscamos las propias conveniencias, defendemos ideas como la de “mentir no es tan malo” como lo hicieron los norteamericanos al invadir a Irak, y creemos que nos bastamos con nosotros mismos, somos la sociedad del *selfie*, al punto de recomendar que no nos relacionemos con personas con problemas o pesimistas porque nos harán personalmente más infelices:

Se trata de algo mucho más profundo: que la libertad humana puede, a veces, llegar incluso a la eliminación de la conciencia en provecho propio; a lo que gráficamente se llama “volver los ojos para no ver”. Algo de eso cantaba Bob Dylan en los ilusionados años sesenta “how many times must a man trun his head, and pretend that he just doesn't see?”⁵

8 El capitalismo

El capitalismo es un sistema basado en la búsqueda del máximo beneficio hasta el extremo de programar la obsolescencia de los productos para incentivar el consumo aunque el producto todavía funcione y sea útil; esto es un fin que en sí mismo legitima la falta de consideración de todo lo demás, incluidas las personas y su situación, una verdad que es falsa

y además genera injusticia e inequidad. José Ignacio González lo expresa así:

Esa legitimación de un punto de partida falso se universaliza, además: si alguien pretendiera mantenerse dentro de los límites de un beneficio moderado, sería desastroso como economista y sucumbiría por falta de competitividad, pues, al no ganar tanto, no podría renovar tanto e iría siendo dejado atrás. O bien parecería dañar la pretensión de los demás (vendiendo, vg., más barato) y daría a éstos un derecho a responder a ese ataque con el acoso y derribo del supuesto rival. Si los individuos de esta sociedad no intentasen el máximo consumo, paralizarían ese afán de máximo beneficio del sistema y colapsarían éste y a ellos mismos con él. Pero, si intentan el máximo de consumo, necesitan obtener el máximo beneficio también ellos. De este modo la legitimidad del máximo beneficio se convierte en verdad evidente, avalada por su absoluta necesidad.⁶

Podemos mentir en forma personal o podemos mentir en grupo; la segunda forma transforma la idea en mentiras estructurales o ideologías, las estructuras actuales dejan a la persona inerte; aunque éstas carezcan de sentido, se sostienen a sí mismas independientemente de que el hombre padezca a causa de ello, se le otorga a este último la libertad de poseer en función de sus deseos sin reconocer el derecho de los demás a vivir dignamente y el poder se le entrega al que más tiene, de tal manera que las leyes se ajustan a los deseos de los poderosos.

Ideas no convencionales

El padre Faus nos propone el desenmascaramiento de ideologías, la promoción de una civilización de la pobreza, una

sobriedad compartida desde la no pretensión de lo que no necesitamos, ni querer aparentar más de lo que somos, poner en palabras los excesos sin sentido que vamos creando para continuar una cadena de usos que ostentan socialmente condiciones o situaciones de las que otros carecen. También nos insta a que siempre que se señale o se muestre indignación por alguna razón de injusticia⁷ no dejemos de añadir el grito por los pobres para tener siempre presente las razones económicas que hacen posible el cambio estructural.

Propone el concepto del salario ciudadano para luchar contra la pobreza y la desigualdad social como una política pública en la que se asegure el acceso al mercado del trabajo. De acuerdo a Montilla, el salario ciudadano concebido a través de la teoría marxista de la plusvalía es

aquello a lo que un ciudadano debería poder acceder por el hecho de formar parte de una ciudad y por el hecho de contribuir a su diversidad, a su riqueza. Marx: todo proceso productivo hace crecer la suma del valor de todos los elementos que se invierten (materias primas, edificios, maquinaria, trabajo), y ese valor de más es la plusvalía. La explotación consiste en que la plusvalía revierte económicamente sólo a favor de los dueños de los medios de producción y nunca a favor de los asalariados. De manera que la contribución de los trabajadores al aumento del valor no viene compensada, sólo se benefician y se enriquecen los capitalistas.⁸

Esta propuesta se hace en España⁹ (país del primer mundo aunque cerca de cuatro millones de personas se encuentran en situación de pobreza severa o

absoluta); el salario ciudadano se vincula al derecho de una renta y de trabajo, lo que equivale a decir que la sociedad debe suministrar el trabajo equivalente para poder ganarse la vida y el derecho de no depender de la buena voluntad del estado con los subsidios o de la asistencia, sino el trabajo como base de la ciudadanía. Además de que la remuneración no debe estar en función de las horas trabajadas sino de la riqueza social producida, ahora la innovación tecnológica ha hecho producir más con menos mano de obra y en menos tiempo, por lo que deberían cambiar los criterios remunerativos.

El desempleo no es una situación de coyuntura, sino una tendencia estructural; nos vale verlo a tiempo si también tomamos conciencia de que los cambios tecnológicos apenas comienzan a impactar la productividad: cada vez se necesitará menos tiempo para producir lo mismo, las máquinas han sido creadas con el fin de que el hombre deje de realizar ciertas tareas, liberan tiempo que se puede emplear en entretenimiento o en ocio, no obstante parece que más bien lo reemplaza y disminuyen las oportunidades que tienen los seres humanos de prestar servicio y recibir remuneración para tener condiciones dignas para vivir.

La solución del salario ciudadano se refiere al derecho de estar ocupado, el derecho a tener empleo, aunque las actividades no estén vinculadas a los

procesos productivos, esto es, que no necesariamente sean rentables en el sentido económico, sino que sean socialmente útiles, puestos de trabajo necesarios para atender, por ejemplo, actividades culturales, de salud, de educación, de cooperación y apoyo de las zonas rurales, a discapacitados, a niños y ancianos.

Para lograrlo hay que pensar claro, pensar diferente, pensar profundo, poner en la tela de juicio las ideas que se han enquistado socialmente, que nos atañen a todos y que son fuente de abusos y de injusticias entre todos los seres humanos.

NOTAS

¹ Camus, 2006.

² Neumann, 1977.

³ Blas, 25.

⁴ Faus, Proyecto de hermano: visión creyente del hombre, 2000, p. 208.

⁵ *Ibidem*, p. 193.

⁶ Faus, Proyecto de hermano: visión creyente del hombre, 2000, p. 209.

⁷ Faus, ¿Cuáles son los desafíos y retos que lanza la época actual y el contexto socio económico, político y religioso a la dimensión social de la fe y de la teología?, 2015.

⁸ Montilla, 2014.

⁹ Rojo Torrecilla & García-Nieto, 1989.

BIBLIOGRAFÍA

Blas, C. R. (s.f.). *La revolución de los sabios. Una alternativa a la propiedad intelectual*. Recuperado el 8 de mayo

de 2017, de <http://www.rebellion.org/docs/42079.pdf>

Camus, A. (2006). *La Peste*. México: EDHASA.

Faus, J. I. (2000). *Proyecto de hermano: visión creyente del hombre* (Vol. 40 Colección Presencia teológica). España: Sal Terrae.

Faus, J. I. (17 de diciembre de 2015). ¿Cuáles son los desafíos y retos que lanza la época actual y el contexto socio económico, político y religioso a la dimensión social de la fe y de la teología? *Iª Jornada de pensamiento fe-justicia: Actualizando el diálogo entre la fe y la lucha por un mundo más justo*. Barcelona, España, España. https://youtu.be/iT8UR2_rIFQ

Montilla, O. (12 de abril de 2014). *El salario ciudadano indirecto a través de la teoría marxista de la plusvalía*. (Ñ. Marx, Productor) Recuperado el 9 de mayo de 2017, de Ñángara Marx. <http://nangaramarx.blogspot.mx/2014/04/el-salario-ciudadano-indirecto-traves.html>

Neumann, E. N. (1977). *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*.

Rojo Torrecilla, E., & García-Nieto, J. N. (1989). *Renta mínima garantizada y salario ciudadano*. Barcelona: CristianismeIJusticia. Obtenido de https://cristianismeijusticia.net/sites/default/files/pdf/es30_0.pdf

Memorias en ocho bits (mal empleados)

Iván Hernández

Hace cuarenta y cinco años, la instrucción para divertirse con un videojuego era mover una palanca, en ultradínámico trance, hacia arriba o hacia abajo. En el monitor había una barra que replicaba la decisión tomada. La pericia de cada cual impedía que la pelota se saliera de la mesa virtual.

Hoy día, algo que sigue caracterizando a los juegos es la simplicidad de sus mandos: el *stick* (palanca) izquierdo mueve al personaje; el *stick* derecho cambia la perspectiva de la cámara; con el botón A corres, con el X agregas cosas al inventario, el B es para golpear o usar un arma de cercanía o pisotear a los enemigos caídos, el Y permite observar puntos de interés. En la parte superior del *joystick* (control) tenemos el botón LB, con él podemos saber en qué dirección se encuentra el objetivo principal de la misión y la ubicación de nuestros compañeros; el LT sirve tanto para apuntar como para elegir un camino; el RT es el gatillo y el RB pone al soldado a recargar el arma. Entre los dos *sticks* hay un elemento clásico de los mandos: la cruz. El botón de Arriba hace que el personaje cambie de una escopeta a un rifle de asalto, Derecha abre una vista rápida al inventario, Abajo muestra los objetivos de la misión, con Izquierda se propone un cambio (granadas de humo por granadas incendiarias o explosivas) a un camarada ejecutor. Apretar X dos veces seguidas al tiempo que se hace el *stick* izquierdo hacia arriba libera uno de los cinco movimientos especiales. Mantener pulsado LT mientras se presiona, como si fuera otro botón, el centro del *stick* derecho seguido de RT ofrece resultados sorprendentes, pero a condición de que el personaje esté equipado con el rifle de francotirador. Pan comido. A jugar.

Tener edad suficiente para apreciar aspectos de la vieja y extinta escuela es una característica muy menospreciada. Sólo así brotan ideas, aunque salgan rústicas o incompletas, de lo que implicaba meterse en la programación de los personajes que cimentaron el mercado multimillonario de los juegos de video.

Las fascinantes propuestas llegaron antes que el desarrollo tecnológico. Si en la época de las cavernas sólo era posible mover una palanca arriba y abajo, apenas una década después vino la revolución industrial: el invento de una consola casera que incluía un control con dos botones y una



cruz. El botón A era para saltar, el B te permitía utilizar algún poder o arma. La cruz regía tanto el andar como los saltos medidos que sorteaban abismos o no. Esas mecánicas bastaban para meternos en la piel de un cazador de vampiros o en el traje de un fontanero vencedor de dragones. Podíamos ser cruzados, príncipes persas, robots o clones y enfrentar a seres paranormales producidos en serie, a hechiceros malvados, a científicos locos y guerreros legendarios con ansias de dominación mundial. Los gráficos parecían salidos de la piel de una tira cómica tatuada con marcador Wearever, pero no importaba. Ese castillo, con esos largos muros sacados de una persecución de Tom y Jerry, era la impresionante morada del conde Drácula; esa base futurista cuyos dispositivos de seguridad lanzaban, de tres en tres, letales bolitas rojas, era el Otro Paraíso creado por Big Boss.

Hoy no se ofrecen diversiones ni fantasías sino experiencias únicas como el modo campaña en el que orcos, elfos y humanos se disputan la supremacía de una porción de mapa a la vez; o el mundo abierto en el que las decisiones tomadas van oscureciendo o aclarando el alma, con el correspondiente efecto en el aspecto exterior del personaje bajo tu control. Otra experiencia disponible en línea o con su distribuidor autorizado

más cercano es la máxima emoción provista por el simulador deportivo de última generación. Desde hace unos años, los usuarios de los FIFA vieron cumplido su sueño y ya pueden jugar como uno de los auténticos héroes del fútbol mundial. ¿Quién desea ser un perdedor que maneja a Messi o a Cristiano Ronaldo cuando puedes meterte en la piel de un Ejecutivo de Club? Nada como realizar gambetas con las cuentas del equipo, montar fuerzas básicas, hacerle mejoras al estadio; nada como la adrenalina de lanzarse al frente y acometer fichajes de astros incipientes o influir en el entrenador para enviar al campo una alineación diseñada al gusto del mercado asiático?

Los fanáticos atrapados en dinámicas de los noventas encuentran un nicho de nostalgia en la satisfacción de apalear al enemigo. El género de juegos de pelea no ha cambiado mucho desde *Street fighter II: the world warrior* aunque el encarnizamiento se ha exacerbado gracias a la posibilidad de conectar combos ultraviolentos con decenas de golpes golpes seguidos.

En el hogar

Las consolas caseras eran el sueño de muchos mocosos berrinchudos de las décadas de los ochenta y los noventa

del siglo pasado. El Atari y el Nintendo Entertainment System (NES) eran dos estaciones de juego cuya existencia era conocida incluso en los barrios desposeídos, entre los chicos con menos opciones de adquirir una. No obstante, había ocasiones en que un padre que iba a Estados Unidos regresaba con una sorpresa envuelta en papel navideño. El gozo de los infantes se disipaba en cuanto se descubría que, tras el velo multicolor, no había el NES deseado sino una consola Sega Master System.

La buena nueva era que esa casi desconocida consola permitía gozar de títulos exclusivos como *Altered Beast*. La misión era rescatar a una princesa. La mecánica se reducía a avanzar siempre a la derecha, golpear todo lo que se viera como un enemigo, incluidos a unos cánidos en cuyo interior había unas píldoras de dopaje. Si recogías tres de esas pastillas brillantes, el personaje se convertía en una bestia poderosa (un lobo, un oso, un dragón) y completar los niveles se volvía más sencillo. La mala nueva fue que no había una variedad decente de juegos disponibles para la consola en el limitado reino de aquel barrio.

Hazaña

Por ese camino de nostalgia, el corazón todavía infantil tiembla al recordar

Iván Hernández
(Torreón, Coahuila, 1981). Egresado de la Universidad Autónoma de Coahuila sin título de licenciado en Ciencias de la Comunicación. Periodista y autor del poemario *Los pequeños fantasmas* publicado en la Colección Siglo XXI Escritores Coahuilenses tercera serie. Publica con frecuencia en la revista *Siglo Nuevo de El Siglo de Torreón*. Textos suyos han aparecido en diarios nacionales como *Excélsior* y *El Financiero*. Otros, de índole periodística, han sido retomados por medios como *Milenio*, *Animal Político* y *Aristegui Noticias*. bernantez@hotmail.com

proezas de esas que se conservan como talismanes de la memoria. La siguiente hazaña, digna de indudable admiración, ocurrió en una tienda de abarrotes ubicada en la esquina de la última calle antes de subir al cerro en un rincón del extremo poniente de la ciudad. Hasta allí llegó una maquineta con el inconfundible juego de la empresa Capcom, *Street Fighter II*. Fernando, el tendero, acomodó el adictivo aparato en un pasillo lejos de la caja y cerca de las frituras.

El luchador emblemático de la saga, Ryu, lanzaba un *hado ken* que la raza pronunciaba como ‘aduquen’, moviendo la palanca hacia abajo y luego a izquierda o derecha (dependiendo de donde se encontraba el enemigo) al tiempo que se presionaba el botón de golpe. Otro personaje, Guile, lanzaba unas ondas llamadas *sonic boom* que niños y adolescentes pronunciaban como “arec bum”.

Más allá de consideraciones sonoras, lo importante es que en ese lugar se reunían varios eminentes representantes de la comunidad, diríase hoy, *gamer*, incluso aquellos que tenían en sus hogares un Nintendo Entertainment System y cartuchos con envidiables títulos.

Era habitual que en ese privado y pequeño espacio, el narrador-testigo dilapidara los centavos que le birlaba a sus padres. El desperdicio era más odioso porque su incapacidad para marcar las secuencias que liberaban los poderes especiales le impedía despuntar en las arenas virtuales.

Una tarde el narrador-testigo llegó a la tienda con la esperanza de gastar un par de monedas en la maquineta del momento. Sin embargo, ya había allí varias personas retándose. Nada más ver los rostros se dio cuenta de que no tenía nada que hacer salvo perder de forma

ignominiosa ante cualquiera de aquellos monstruos. Estaban el Popo, uno de los hermanos Valdivia (el Bayo), el Peyé y el Carlangas, ambos del Barrio II, y el Lobo. Unos diez minutos después llegaron tres estudiantes de secundaria. El más bajito de ellos se llamaba Amado y tenía, incluso para los estándares de ese deprimido sector de la ciudad, una pinta de abandono que, si aquello hubiera sido un partido de fútbol, su puro aspecto ameritaba la amonestación.

Las primeras hostilidades dejaron al Popo convertido en el enemigo a vencer, derrotó a tres de los monstruos. Cayó frente al Carlangas que también sacó a uno de los estudiantes de secundaria y luego lanzó una mirada despectiva a su próximo rival. Aquel pequeño apenas hablaba, en lugar de palabras emitía ruiditos raros, pero no muchos, una o dos veces por round, cuando conseguía aplicar una seguidilla de patadas y golpes o cuando se veía en algún apuro.

Tras la batalla, el juicio unánime fue que Carlangas se había confiado. Peyé, Popo, Bayo y Lobo cometieron el mismo error.

Cuando Amado ya superaba las doce victorias consecutivas, Bayo regresó a la tienda y tras su delgada estampa apareció el Memín. El mayor de los Valdivia era, quizás, el mejor jugador del barrio. No solía perder el tiempo en aquel pasillo, iba a los locales del centro de la ciudad. Amado lo despachó igual.

El Lobo y el Peyé se declararon en quiebra. Memín estuvo cerca de sacarlo, pero sólo eso. Carlangas y Bayo caían con escandalosa facilidad. Cuando el Popo ya iba por su quinto intento, Amado preguntó “¿qué hora es?”. Eran las tres de la tarde. Llevaba más de dos horas pegado a la maquineta. La pelea no duró mucho. El Popo venció. Amado

recogió su flaca mochila y salió de la tienda. “Me va a pegar mi mamá”, fue lo último que el testigo le escuchó decir al monumental jugador. Nunca más lo volvió a ver.

Imaginar

Los ambientes de tiendita de la esquina se convirtieron en torneos internacionales que reúnen a lo más selecto de los países industrializados y a uno que otro colado de las economías emergentes. Los modos cooperativos, esos que requerían dos o más controles y un multiadaptador, han mudado en sesiones interminables de conectividad. Los limitados minutos de diversión evolucionaron y se convirtieron en largas travesías que se consumen como capítulos de una serie. Esa percepción es reforzada por los montones de cinemáticas (escenas “actuadas” por los personajes). Los tiempos de juego estimados llegan a extenderse más allá de una jornada laboral. Una duración menor es considerada insuficiente o inferior.

La emoción ya no depende de la imaginación de cada uno. El acto imaginativo ya es potestad exclusiva de los desarrolladores. Todo lo que son capaces de concebir esos cerebros de la industria es depositado en el componente esencial de los videojuegos: el motor gráfico. Ese elemento define de buena manera en lo que ha mudado aquello que comenzó con una palanca: sacar el modelo más lujoso, con la mejor línea y el mejor agarre, ofrecer las versiones austera y equipada. Ponerse al mando (como ponerse al volante), sentarse frente al monitor y conducir por esa carretera llena de enemigos con el cinturón de lucidez puesto, sin ir imaginando que eso de ahí es, sin duda, un reino fantástico, una historia sin fin.

Apología de las telenovelas

Atenea Cruz

En fechas recientes acometí la colosal tarea de ver la telenovela colombiana *Café con aroma de mujer*. Calificar de colosal semejante empresa no es una exageración si consideramos que consta de 317 capítulos, de aproximadamente 25 minutos cada uno, y encima hay que escuchar a Margarita Rosa de Francisco (la Gaviota) “cantar” a la menor provocación. Creo que no es gratuito señalar que tanto *Café con aroma de mujer*, como *Yo soy Betty, la fea*, son obra del guionista y productor de telenovelas colombiano Fernando Gaitán, autor que ha sabido brillar en su género apostando por protagonistas candidas a quienes la adversidad convierte en antiheroínas verdaderamente entrañables y cuya aceptación ha llevado a adaptar sus historias alrededor del mundo con notable éxito.

Entre intelectuales suele verse con afectado horror el hecho de que al mexicano promedio le guste ver telenovelas (no voy a restringir este acto a las mujeres, porque también los hombres las consumen). Ya Hugo Argüelles y Enrique Serna han apuntado que a dichos intelectuales se les antoja que calificar de ignorante a los demás lo vuelve más inteligentes en automático, y claramente se olvidan de que la ficción, junto con las drogas y el alcohol, han sido desde siempre el escape por excelencia del pueblo; más aún, omiten que textos ahora clásicos de la literatura —Dumas y Conan Doyle son buenos ejemplos— aparecieron como lecturas de folletín y en su tiempo también fueron menospreciados por tratarse de lecturas para las masas o para mera entretención de los chicos.

Pero bueno, tampoco estoy defendiendo a las telenovelas sólo porque sí. El meollo del asunto es la calidad del contenido: el problema es cuando se usa el mismo argumento hasta la saciedad, abaratando los giros que dan fuerza a la historia; o cuando se altera la estructura a fin de hacerla “más digerible”. Vladimir Propp se encargó de demostrarnos en su *Morfología del cuento* que la humanidad ha repetido las mismas historias prácticamente desde el comienzo del lenguaje, el chiste está en saber contarlas. Yo, por mi parte, después de ver el final de *Café con aroma de mujer* y quedar un poco decepcionada (la Gaviota, un personaje fuerte y oscuro, dobla las manitas para concretar su felicidad casándose y dando a luz cuatro hijos), confirmo que al género de la telenovela, antes que desaparecer, lo que en verdad le urge es renovar sus arquetipos. Es por eso que

Atenea Cruz

(Durango, Durango, 1984). Estudió la Licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha publicado la novela *Ecos* (FETA, 2017), los libros de cuentos *Crónicas de la desolación* (ICED, 2002) y *La soledad es una puta* (ICED, 2005), así como los poemarios *Apuntes al reverso de papeles diversos* (FETA/La Ceibita, 2015), *Suite de las fieras* (IMAC, 2012) y *Diario de una mujer de ojos grises* (ICED, 2009). Ha colaborado en revistas como *Playboy*, *Tierra Adentro*, *Rio Grande Review*, *Crítica* y *Vice*. Premio de Poesía “Beatriz Quiñones” 2012, Premio Estatal de la Juventud en la categoría de Actividades Artísticas 2005, Premio de cuento “María Elvira Bermúdez” 2002. Fue becaria del PECDA (Durango) y del PECDAZ (Zacatecas) en narrativa y poesía. Actualmente coordina el taller de creación literaria “Lettera 32”.

@ateneaacruz
<https://atenea-cruz.blogspot.mx/>

me atreví a escribir un argumento que, considero, podría llamar la atención de un público diverso, y lo comparto sin intensiones lucrativas.

(Ojo: el papel protagónico pueden representarlo hombre o mujer; para usos prácticos y en honor a Propp, me referiré a dicho personaje como Héroe): Héroe sueña con terminar una maestría y recibirse como doctor en alguna universidad de renombre. Para que sus anhelos se concreten, Héroe deberá enfrentar su primer obstáculo: su condición humilde que lo obliga a mendigar una beca del Conacyt/PNPC, la cual le será negada porque no alcanza el 8.5 de promedio reglamentario, debido a una juventud difusa al principio de la carrera. Tras exponer su caso ante un consejo extraordinario, Héroe consigue entrar en la maestría (sin beca), pero esto sólo es un aliciente para que se esfuerce más que sus despreocupados compañeros, trabaje medio tiempo en un restaurante orgánico (donde también se rentan bicicletas) y consiga el grado con honores.

Durante este lapso, Héroe —que es bisexual— entabla una relación

furtiva con uno de los profesores de la maestría y posteriormente una relación homosexual con un conocido(a) del mundillo intelectual, un vegano activista de PETA, quien resulta ser un celoso(a) patológico que pretende disuadirlo de continuar en su empeño de doctorarse. Tras numerosos desencuentros sentimentales, Héroe termina su relación y continúa su ascenso hacia el doctorado... no sospecha que su ex profesor/ex amante furtivo todavía le guarda rencor por la ruptura y da malas referencias en la universidad a la que aspira. Héroe se las ingeniará para salir adelante y en esta ocasión sí obtener una beca de posgrado.

Llegado a este punto su antagonista será él mismo: dado que nunca había contado con semejante holgura económica, Héroe caerá en una espiral de excesos y acabará por fumarse/beberse la beca casi en su totalidad y descuidará la escritura de su tesis. Para su buena suerte, contará con el apoyo de su mejor amigo, un rojillo con una ocupada agenda de marchas y activismo en redes sociales.

Para concluir puede reciclarse un recurso que nunca envejece: la par-

ticipación del público. Así, se podrá escoger entre dos finales: el feliz, en el que Héroe y su amigo rojillo hacen patente la pureza del poliamor y asisten, junto con sus seis compañeros sentimentales, al examen de titulación de Héroe. La toma final puede ser la de unos birretes en el aire, un breve oscuro y luego una prolepsis con Héroe como profesor invitado en la Sorbona. O bien, el final trágico: en el cual, en pleno examen, uno de los sinodales descubre que Héroe plagió su tesis de doctorado, se levanta un acta con los cargos correspondientes, es obligado a devolver el monto íntegro de su beca y su amigo rojillo lo abandona.

La secuencia final puede ser un oscuro breve que dé paso a una toma de Héroe guardando en la cochera común de un multifamiliar el taxi que ahora maneja, para luego entrar a un departamento miserable, encender la computadora y dedicarse a troleear las publicaciones de algunos intelectuales, otrora sus amigos. En ambos casos, la fuente tipográfica que debe usarse para los créditos finales es Helvética bold.

El terreno que pisó la poeta

Maria Fregoso

“Siracusa” se llama una ciudad de Sicilia, Italia. En ese lugar surgió la leyenda de personajes más o quizá menos conocidos. Hablemos de la primera: Safo de Lesbos.

No es poca cosa que la fundadora de la poesía lírica haya sido motivo de grandes —y lamentablemente poco conocidos— movimientos en la Grecia naciente. Cuando la poesía épica correspondía al destino heroico y divino, la poeta de Lesbos transformó una lira con veinte cuerdas en instrumento para sus versos: líneas que a la postre serían alabadas como poesía delicada que expresaba el interior humano. Este personaje, famoso entre sus contemporáneos por su carácter intempestivo, fue expulsado de su propia isla por los actos de rebeldía contra un poder tiránico, incómodo para su sociedad. Pero es lo que ocurrió en su exilio lo que marcó una diferencia en la historia de las artes: Safo llegó a Siracusa, Sicilia —ese lugar del que hablábamos al principio—, y abrió fugazmente una escuela donde “todas las inspiraciones de todas las técnicas y artes estuvieran presentes”. (Ballester, 100) ¿Qué hacía, pues, una poeta como personalidad importante en el lugar donde todos los de su categoría serían despreciados por sus servicios?

Así es, los poetas fueron expulsados de Sicilia, y esto gracias al siguiente personaje: Platón, el emblemático y poco más popular que Safo.

Según los datos históricos, Platón aún no vivía como para explicar aquello, pero se tiene por seguro que el fenómeno de Safo fue un escándalo prolongado que incluso en su muerte no se calló. Es por eso que, a través de su vida y su leyenda, se abrirá el paso hacia el fundamento de su poesía, el origen polémico de su exilio y la muestra de su inteligencia para abordar la adversidad mediante lo que hoy seguimos considerando como la máxima belleza del lenguaje: la poesía.

En el dialecto eólico¹ Safo significa “transparente, lo que no se oculta” (101). Pertenecía a una familia aristócrata² inmersa en el comercio de vinos, pero Safo, antes de identificarse con la posición que ocupaba, fue muy señalada por sus características físicas: morena y velluda. Fue una líder “fea pero indómita”, dicen los historiadores (Ballester, 102), pues después de hacerse cargo del negocio paterno se unió a un grupo de rebeldes cuando su madre se volvió a casar.

Maria Fregoso
(Puebla, Puebla, 1997). Ganadora del tercer lugar nacional en el concurso de cuento corto interactivo “La experiencia de leer” organizado por la Dirección General de Bibliotecas de Conaculta con su cuento-corto “Carcafacia”. Publicó el libro de cuentos *Puntos Fugaces* (Lunetario, 2015). Actualmente ilustradora, maestra de pintura y estudiante de Literatura y Filosofía en la Universidad Iberoamericana Puebla.
marie.fgm@gmail.com





La odisea comienza cuando Safo encuentra el lugar donde desembocar sus opiniones poco gratas. Se encuentra, entonces, la imagen del artista incomprendido, de la juventud inquieta que busca, en la rebeldía y en el desahogo, un tema en el cual volcar su interés. Se cuenta que fue un grupo antipolítico que gritaba denuncias, insurgentes que hacían conocer sus quejas al poder reciente del general Pítaco, al mando del gobierno de Mitilene. Ahí fue donde conoció al poeta de versos patrióticos, Alceo de Mitilene, quien junto con otros integrantes de la juventud lesbiana no estaba de acuerdo con “el progresivo establecimiento de la ciudad-estado (polis) que dio como resultado que la antigua aristocracia fuera reemplazada por una nueva clase enriquecida y se establecieron las tiranías”. (Bocchetti, 25). El grupo asesinó al suplente que el cobarde Pítaco, llamado Mírsilo,³ puso cuando sintió la amenaza. Las consecuencias se dieron de inmediato: Alceo fue mandado a Egipto y Safo a Siracusa, cosa mejor que ser ejecutados, pues Pítaco los mandó a que se instruyeran, a que estudiaran y, por supuesto, ambos líderes amotinados tenían los gastos pagados.

La expulsión platónica del poeta comienza de una manera irónica. En el exilio, Safo funda una escuela —contemporánea a la que crea Sócrates— llamada “museo: lugar donde habitan las musas” que admitía únicamente a mujeres (Ballester, 104), donde imperaba la educación del canto, la danza y la literatura. La historia de Safo de Lesbos se convierte, entonces, en una especie de premonición para el cruel destino de los poetas que Platón condena. “Los poetas no son sino imitadores de fantasmas que llegan a la realidad” (Platón, 226); en el caso de esta poeta, el fantasma se manifiesta en una empresa tangible que cientos de ciudadanos podían comprobar en su ciudad. La negativa de Platón hacia los poetas se debe a que nublarán la razón e impedirán que se forme el estado. Un estado que, por cierto, Safo construyó en su propia república de letras, con discípulas dedicadas y con una nueva línea de poesía.⁴

Así pues, es curioso cómo el primer crítico de la literatura, Platón, quiso fundar su proyecto de república en el mismo lugar donde fue acogida la poeta más polémica de la isla de Lesbos, y aun más que eso fue un “epicentro de

todo movimiento cultural y artístico en Siracusa” (Ballester, 103), parte importante para el desarrollo de un ambiente de pensadores y amantes de la expresión del ser humano hacia una verdad que empieza desde el interior. El poeta que una vez fue acogido, que tenía un espacio de identidad por sus factores socioculturales y económicos, se apropia en el exilio de un nuevo ambiente que hará suyo, que mandará en sus propias innovaciones.

La verdadera expulsión no sólo se hace de manera literal, con el viaje de Safo y su compañero Alceo, de un espacio geográfico a otro, sino que se manifiesta como una protesta en el lugar que acoge a la poeta. La escuela se convierte en un nido de lírica y erotismo: un punto más para que el recelo de los atenienses mitigara rumores ponzoñosos (Ballester, 106). Las consecuencias de este destierro son bastante notables, pues tales rumores generaron el mito de que la homosexualidad entre mujeres⁵ empezó con la misma Safo, ya que el amor con sus discípulas creó el término moderno de “lesbiana”, que significaba “nativa de Lesbos” (105). Y más allá de la preferencia sexual, la desvaloración

de la mujer se hacía presente en Safo, pues la evidencia de su pensamiento expresado y la poesía desnuda eran, para los atenienses, un símbolo despreciable, “para ellos eso equivalía a ser una mujer pública, prostituta” (Ballester, 106).

Los pasos del poeta afectan el entorno que pisan; Safo nació diferente a los suyos, se unió a los que denunciaban la diferencia, inició un movimiento político al encabezar y mitigar estas diferencias, y cuando se encontró en el espacio ajeno, en la extrañeza de un “volver a comenzar”, fundó a su antojo una empresa que reivindicaba sus intereses poéticos. La treta de la poeta encarnará en su obra y acción política, será una treta para todos aquellos que serán expulsados después, cuando, aparentemente, impera el reino de la razón.

Es así como los efectos del fenómeno de Safo se convierten en la obra que denuncia esa sentencia que expresaría Platón casi medio siglo después. La poeta se quedó en la periferia y construyó sus propias armas que, de alguna manera, influyeron en la polis que siguió escuchando los cantos líricos, que no los ignora, pero que los teme y los pervierte desde sus mismos ciudadanos. El punto de Platón se prueba sin que haya una autoridad de filósofo de por medio: pues no sólo es la política mandataria la que desdeña a estas figuras artísticas, sino el propio vulgo el que desconfía y ataca para salvaguardarse de una amenaza que no comprende. Ya lo dirá la misma Safo: “Mi enemigo, pero mayor benefactor, me quiso y fue sabio.⁶ Los que están a mí alrededor y en mi sociedad son mis verdaderos enemigos, aunque me sonríen y me saludan cuando nos cruzamos en el camino” (Ballester, 106).

Las implicaciones literarias de la leyenda de Safo trascienden su siglo y su

veracidad histórica. Fue y sigue siendo inspiración de escritores —sobre todo escritoras— en la etapa romántica de Francia y la Inglaterra victoriana⁷ (Clegger, 568): “Safo funcionó como modelo de subjetividad femenina, al tiempo que servía para exponer las tensiones entre los modelos de racionalidad promovidos por la Ilustración y las exigencias de la pasión amorosa” (551). Sin embargo, la expulsión platónica vuelve en juego, pues estas escritoras de la modernidad la exaltaban como una protagonista sumamente romántica, al tiempo que intentaban sepultar las especulaciones de su homosexualidad. Nuevamente, se escucha el recital de poeta desde lejos, que llega como eco, pero que tiene prohibido entrar a la polis; escuchada pero desterrada y lejana, nunca en el centro principal del orden, de esa verdad racional que guarda con celo el estado.

Pero ¿cuál verdad es la más fiable, más gigantesca, que el reconocimiento del sentir humano en uno de esos “fantasmas” de los que Platón intenta salvarnos? La poesía lírica es eso, a la fecha es parte sustancial para conocer el desarrollo personal de toda una época de la humanidad, de llegar al individuo en su sinceridad. Para el tiempo de nuestra poeta era cierto que la concepción de la naciente tragedia venía de una unidad divina; por lo tanto, se daba por hecho que quienes produjeran este tipo de *poiesis*⁸ era un fruto dedicado a la deidad, en este caso, un museo. Dice María Zambrano que en “la relación inicial, primaria, del hombre con lo divino no se da en la razón, sino en el delirio” (28), y Safo no quería argumentar en contra de que el arte fuera producto sagrado, no negará lo que dice Platón en el *Ión* de la posesión divina



"Sensini" de Roberto Bolaño: entre lo político y lo íntimo

Renata Iberia Muñoz

Un solo fusilado puede desencadenar un escándalo mundial: para miles de desaparecidos siempre queda el beneficio de la duda.

Eduardo Galeano, *Días y noches de amor y guerra*

Como Edmundo Paz Soldán señala en su ensayo "Roberto Bolaño: literatura y apocalipsis", Julio Cortázar, al explorar las posibilidades de hacer arte en América Latina, observó que el autor latinoamericano tiene la oportunidad peculiar de "narrar el horror" (Abismo 25). Precisamente, es posible afirmar que Roberto Bolaño encarnó la búsqueda diligente por ese tipo de narración, ya que su literatura está colmada de temas que abordan las variaciones del horror (dictaduras, feminicidios, desapariciones forzadas, asesinatos, violaciones, etcétera). En estos eventos "se esconde la verdad del mundo", diría el mismo Bolaño, y para llegar a ella el autor emprende el ejercicio de traducir su amplia experiencia de viajero en personajes que terminan siendo un resultado "del conflicto entre una realidad hostil y la impotencia de quienes se ven inmersos en un mundo yermo" (Rabasco 162). Es decir, Bolaño no narra desde la imaginación por sí sola, sino que la une a su visión como testigo fehaciente de la violencia en América Latina. Incluso es posible afirmar que el autor llegó a asumir lo anterior como verdad. El epígrafe de su libro de cuentos *Llamadas telefónicas*, tomado de Chéjov, lo sugiere: "¿Quién puede comprender mi terror mejor que usted?".

Antes de comenzar con el análisis que el título indica, sería pertinente discutir de manera breve la posición de Bolaño como autor-testigo. Juan Antonio Sánchez, en su ensayo "Bolaño y Tlatelolco", establece a través de una comparación sus reflexiones sobre este tema. Considerando que Bolaño contaba con la edad de quince años al llegar a México desde Chile, afirma lo siguiente:

Esta circunstancia excluye una posible intención documental o testimonial, como encontramos en escritores como Poniatowska o Monsiváis. No obstante, el método de Bolaño, el discurso testimonial en primera persona, como si fuera resultado de una entrevista ficticia, es el mismo que el de Poniatowska en "La noche de Tlatelolco" (1971). Pero la morfología del discurso es diferente, y

del poeta, simplemente hará honor de ello aun cuando el estado consolidado le niegue la entrada.

Parece ser que Safo de Lesbos mostró un método infalible para que el ser humano comenzara a acercarse a la verdad desde el interior emocional. ¿Será por ello que Platón negó toda oportunidad a la poesía por la fuerza de su correspondencia con las pasiones? Para el filósofo, el hecho de que una *techné* dé tanto poder a las lamentaciones (Platón, 229) significa debilidad, y aunque no haya registro de una referencia hacia la poeta Safo en su obra, la hipótesis se sostiene: la invención de la poesía lírica pudo haber influido en la decisión última de Platón al expulsar a los poetas⁹ de aquel lugar en donde ellos pisaron primero. Siracusa, ahora en Italia, fue testigo de la injusticia, tal vez de la metáfora, que lleva la maldición del que es artista de letras.

NOTAS

¹ La isla de Lesbos estaba dentro de la región Eolia, cerca de las costas de Turquía. La ciudad donde creció la poeta fue la ciudad de Eresó.

² Se consideraban parte de una gran élite: afirmaban descender de los ex combatientes de Troya y del linaje de Perseo.

³ Hay ambigüedad entre quién mató a quién;

se cree que Safo fue desterrada a Siracusa, en Sicilia, entre el 605 y 591 a. C, según el Mármol de Paros (Reinach, 1960: 167), y existe una referencia sobre el destierro en el fr. 98b3.

⁴ Aparte de la inmemorial invención de la lírica, es autora de la invención del verso sáfico (con el acento en la cuarta, octava y décima sílabas de un endecasílabo) y, asimismo, la estrofa sáfica (mixta, compuesta por tres versos endecasílabos sáficos y un cuarto pentasílabo adónico con acento en la primera sílaba).

⁵ Hay muchas referencias que desmienten este rumor, pues se cuenta que su amor ideal, más no sexual, era el mismo Alceo. Fuera de ello, Safo se casó con un comerciante y tuvo una hija llamada Cleis (Ballester, 103).

⁶ Refiriéndose a Pitaco, quien después de cinco años pide a Safo y a Alceo que regresen a Lesbos.

⁷ Margaret Reynolds fue la primera en poner de relieve la vida, obra e imagen de Safo. Hay especulaciones de que el interés explosivo de la figura de Safo se debió a que en 1759 las excavaciones del descubrimiento de Pompeya dieron a los románticos una nueva mirada a la Grecia Antigua. El entusiasmo caía en la leyenda del suicidio de Safo con el amor imposible de un marinero.

⁸ *Poiesis* es un término griego que significa

"creación" o "producción", deriva de la palabra en griego "hacer" o "crear" (ποιέω). Platón define este concepto en *El banquete* como "la causa que convierte cualquier cosa que consideremos de no-ser a ser".

⁹ La expulsión de los poetas está explicada en el libro décimo de *La República* de Platón.

BIBLIOGRAFÍA

De Ballester, Pablo. "La verdadera Safo de Lesbos. I: Los Anos Rebeldes". Contenido 453 (2001): 100. Academic Search Complete. Web. 2 sept. 2016.

De Ballester, Conrado. "La Verdadera Safo De Lesbos. II: El Genio Calumniado". Contenido 453 (2001): 104. Academic Search Complete. Web. 2 Sept. 2016.

Bocchetti, Carla, and Ronald Forero. "Nuevos fragmentos de Safo. Traducción y análisis. (Spanish)." *Byzantion Nea Hellás* 26 (2007): 23-40. Fuente Académica. Web. 2 Sept. 2016.

Cleger, Osvaldo. "Safo en el trópico: Imagen post-victoriana del cuerpo en la poesía de Mercedes Matamoros". *Revista de Estudios Hispánicos* 45.3 (2011): 551-570. Academic Search Complete. Web. 2 sept. 2016.

Platón. *La República*. Diálogos. Colección "Sepan cuantos...", Porrúa, México, 1962, pp. 1-246.

Zambrano, María. *El hombre y lo divino*, FCE, México, 1955.

Renata Iberia Muñoz Chapa (Torreón, Coahuila, 1997). Estudia el quinto semestre de Letras Inglesas en la UNAM. Ha publicado en el suplemento *Confabulario* del periódico *El Universal* y ha trabajado en el área editorial. Fue instructora del taller de literatura en la fundación Mentas con Alas, A.C. de Torreón. renataiberia@gmail.com

seguramente también la intención. Según Octavio Paz, la obra de la escritora mexicana es “algo mejor que una teoría o una hipótesis: un extraordinario reportaje o, como ella dice, un collage de ‘testimonios de historia oral’. Crónica histórica pero antes de que la historia se enfríe y las palabras se vuelvan documento escrito”. (134)

Es decir, contrario a la intención de Poniatowska, Bolaño no pretendía crear a través de su obra un documento fiel de los eventos políticos en países latinoamericanos. Más bien, Bolaño se revela como testigo crítico y empático hacia estos eventos, sin proclamarse nunca, ni a sus personajes, poseedores de la última palabra o la versión absoluta.

Sumado a lo anterior, otro punto que vale la pena destacar es que, de acuerdo a Juan Antonio Sánchez, Bolaño no articula históricamente los eventos políticos de sus cuentos y novelas, es decir, no hace hincapié en las causas ni en las consecuencias del evento político, sino que lo toma y lo trabaja desde la cotidianidad del personaje. Este último, consecuentemente, resulta el centro de la narración: las condiciones políticas en las que está inserto, en la literatura de Bolaño, más bien derivan de él y lo moldean. Como afirma Sánchez, la obra de Bolaño no puede ser considerada un testimonio leal a los eventos políticos en América Latina porque su testimonio es “demasiado subjetivo, privado e interiorizado, concentrado en detalles que remiten a la experiencia inalienable del personaje”. (138)

Ahora bien, estos planteamientos sobre el posicionamiento de Bolaño como autor-testigo pueden ser descubiertos con claridad en el cuento “Sensini”, del libro *Llamadas telefónicas*. En él,



Bolaño muestra su enfoque primordialmente humano al otorgarle la narración del cuento a un escritor anónimo. Como se destacó en el párrafo anterior, la experiencia del personaje (como la de Bolaño) es profundamente subjetiva, íntima. El lector conoce las vivencias del narrador como él las vivió y bajo la óptica que él decide otorgarles. Bolaño, según Juan Villoro, “optaba por un sentido torrencial determinado por las experiencias, la vida de los personajes” (Escribir 19).

En “Sensini”, desde el comienzo se revelan varios de los temas clave que la literatura de tipo testimonio subjetivo pretende desarrollar. Andreea Marinescu enumera estos temas: “represión, pobreza, subalternidad, encarcelamiento, la lucha por la supervivencia, etcétera”

(137). El narrador, que en ninguna parte del cuento adquiere nombre, empieza por destacar sin más la condición paupérrima de su juventud: “En aquella época yo tenía veintitantos años y era más pobre que una rata. [...] Tras despertar, una sensación de estar y no estar, [...] de indefinida fragilidad. Vivía con lo que había ahorrado durante el verano y [...] mis ahorros iban menguando al paso de otoño” (13). Cabe acentuar también que en este punto, de conocer el lector la biografía de Bolaño, es perceptible que el cuento parte de una experiencia verídica. Bolaño, efectivamente, pasó por España y tomó el mismo trabajo que el narrador de “Sensini”, o sea, “vigilante nocturno en un camping de Barcelona” (13). Gracias a esto, la posibilidad de adentrarse no sólo en la intimidad del

personaje, sino en la intimidad del autor, se hace palpable. De acuerdo con Villoro, esta es la obsesión de Bolaño por “vincular lo que ocurre [en el cuento] con la verosimilitud de la experiencia”; la literatura de Bolaño “genera la ilusión de estar vivida” (19).

Sin embargo, el hecho de que “Sensini” sea catalogado ficción y no un testimonio obliga al cuento a incurrir en ciertas alteraciones, es decir, a alejarse aunque sea levemente de la experiencia verdadera de Bolaño. Ejemplo de lo anterior sería el nombre del autor idolatrado por el narrador: Bolaño sí conoció, admiró y se correspondió con su propio Sensini, sólo que este era, en realidad, Antonio Di Benedetto, escritor argentino. En este cambio sutil se puede observar cómo Bolaño parte de

sus experiencias para jugar con ellas, modificarlas y traspasarlas a la ficción. En “Sensini”, lo íntimo y subjetivo se convierten en material para explorar las características humanas que forman el núcleo de la literatura.

Casi de inmediato, Bolaño denota la manera en la que la violencia política está inevitablemente ligada a lo privado, a lo más íntimo del individuo. Aunque esta particularidad se repetirá en varios puntos del cuento, el narrador comienza por sugerir esto en la descripción de un cuento de Sensini, autor argentino exiliado en España al que el narrador admira desde la distancia. Sensini, como dice el autor, publicó un cuento en el que “el narrador se iba al campo y allí se le moría su hijo” (14). De cierto modo, el cuento de Sensini guarda un paralelo

con el cuento “Sensini” de Bolaño: parece inevitable, tanto para el personaje de Sensini y para Bolaño, hablar del horror, de la violencia, narrarla y trabajarla como si fuera un tema inagotable y urgente.

De una manera similar, el narrador comienza a ubicar a Sensini en un contexto social y menciona a otros autores de la misma generación que Sensini, y parece casi ineludible recalcar que dos de ellos, Haroldo Conti y Rodolfo Walsh, fueron asesinados y desaparecidos en la dictadura argentina, conocida también como Proceso de Reorganización Nacional o simplemente como Proceso. Sin embargo, la mención de estos autores es escueta, prácticamente tangencial. El narrador menciona sus desapariciones pero no profundiza en ellas, sugiriendo así que es algo que *debe* ser mencionado aunque no se tenga la intención de llevarlo a una descripción detallada: “[Sensini] pertenecía a esa generación intermedia de escritores nacidos en los años veinte, [...] cuyo exponente más conocido era Haroldo Conti, desaparecido en uno de los campos especiales de la dictadura de Videla y sus secuaces” (15), así como la mención fugaz a Walsh: “Había leído las obras de teatro de Abelardo Castillo, los cuentos de Rodolfo Walsh (como Conti asesinado por la dictadura [...])” (15).

Cuando por fin decide escribirle una carta a Sensini, el narrador le describe profusamente detalles de su vida privada (“le escribí [...] de mí, de mi casa en las afueras de Girona, del concurso literario” [16]), pero, de nuevo, no puede evitar mencionar “la situación política chilena y argentina (todavía estaban bien establecidas ambas dictaduras)” ni “los cuentos de Walsh” (16). Poco a poco, es posible notar que lo político en “Sensini”

sale a la superficie de una forma u otra. A pesar de que los personajes residan en España, ambos cargan con la memoria el peso de los acontecimientos violentos en América Latina. Desde el primer acercamiento epistolar con Sensini, el narrador demuestra cómo la violencia (concretamente las dictaduras) son un tema que está casi obligado a tocar.

A medida que el texto avanza, el narrador revela su paso por el mundo literario y deja de lado, brevemente, los detalles políticos y sociales. Aparte, también procede a narrar su obsesión con la figura y la obra de Sensini (“Aquella fue una semana Sensini en todos los sentidos. A veces releía por centésima vez su carta, otras veces hojeaba *Ugarte*, y cuando quería acción, novedad, leía sus cuentos” [17]). En este desarrollo es posible notar el interés de Bolaño por construir la psique del personaje aparte de cualquier ideología o preocupación política. De esa manera queda establecido que, a pesar del impacto que la violencia pueda tener en el individuo, su vida privada no deja de ocupar gran parte de sus cavilaciones, lo que es fundamental para crear un personaje íntegro y complejo.

La correspondencia entre el narrador y Sensini continúa, impulsada por el interés de ambos por recomendarse mutuamente concursos literarios que pudieran proveer alguna cantidad adicional de dinero a sus trabajos de vigilante nocturno y editor, respectivamente. Aparte, los dos autores intercambian estrategias: Sensini “Insistía en que [el narrador] participara en el mayor número posible de premios, aunque sugería como medida de precaución les cambiara el título a los cuentos si [...] acudía a tres concursos” (19). Aparte de defenderse de la violencia política tras exiliarse en

España, Sensini vive una especie de violencia añadida al enfrentar la precariedad en la que está sumido por ser escritor, por pertenecer a ese mundo “terrible, además de ridículo” (19) que es la literatura. Los personajes no sólo viven la experiencia de la violencia en el nivel político, sino que encima se ven obligados a abrirse paso en un ámbito laboral agresivo. De nuevo y sin alterar la manera en la que ha descrito sus vivencias, el narrador no profundiza en las causas de su condición, sino que las describe con sencillez e, incluso, con cierta resignación.

Con cada carta crece el lazo y la confianza entre los dos autores y, finalmente, aparece el elemento que provoca un quiebre tanto en la narración como en la relación misma de los personajes Sensini y el narrador: Sensini por fin decide mencionarle al narrador que uno de sus hijos, Gregorio, fue desaparecido en Argentina. El narrador describe que cuando Sensini hizo mención de esto en varias cartas, el estilo era “pesado, monótono, como si mediante la descripción del laberinto burocrático Sensini exorcizara a sus propios fantasmas” (20). Eventualmente, Sensini le comparte al narrador que le ha llegado una pista sobre el cadáver de Gregorio. “En su carta Sensini era parco en expresiones de dolor, sólo me decía que un grupo de forenses, miembros de derechos humanos, una fosa común con más de cincuenta cadáveres, etc.” (24).

A partir de esa posibilidad, la comunicación y la relación del narrador y Sensini se va deteriorando sin remedio. La figura de Sensini, ya enigmática por sí sola, se vuelve incluso más borrosa con este suceso. Si la correspondencia que mantenía con el narrador eran lo único que le daba vida al personaje, es posible afirmar que desde este punto

Sensini se va desdibujando: él mismo comienza un proceso de desaparición, como su hijo. La siguiente carta que Sensini le envía al narrador es, como puede esperarse, “una carta de despedida. Decía que volvía a la Argentina” (24). Sensini se adentra completamente en la posibilidad de encontrar a su hijo desaparecido y muere en el intento y la frustración. El narrador jamás vuelve a recibir una carta de él. Años más tarde, la hija menor de Sensini, Miranda, le revela al narrador que “ninguna noticia fue concluyente” respecto a la desaparición de su hermano, y que “el gobierno no tenía fondos o no tenía ganas de que se hiciera la prueba y ésta se iba cada día retrasando un poco más” (27).

De modo arrasador, lo político termina por tragarse a Sensini y su talento. Como añade Miranda, “su salud se agravó y tuvo que ser hospitalizado. Ya ni siquiera escribía. Para él era muy importante escribir cada día, en cualquier condición” (28). La oscilación entre la violencia política y lo íntimo que estuvo presente en todo el cuento deja de ser oscilación al final: la violencia gana. El horror y el desgaste arrastran a Sensini a una condición de deterioro lento. El talento y la buena pluma que, de acuerdo a Miranda, Borges y Cortázar reconocieron, se quedan en pleno desarrollo y terminan junto con las ilusiones de Sensini por encontrar a su hijo.

Así, es posible concluir que la única manera en la que Sensini puede seguir adquiriendo vida y presencia es a través del testimonio del narrador. Bajo esta lectura se revela el carácter fundamental de una literatura testimonial como la de Bolaño, que rescata fragmentos de la memoria colectiva de América Latina, marcada por una sucesión de acontecimientos violentos expresados

sutilmente a través de personajes con historias y vivencias propias. Bolaño es un autor solidario con las causas sociales, interesado en la manera en que cada persona se relacionó con ellas y las adaptó a su vida. La obra de Bolaño no sólo pretende cumplir la función de agradar al lector con la forma de sus cuentos o novelas, sino que busca “re-humanizar” (138 Marinescu) el propósito de la literatura, que consistiría en apelar a la sensibilidad y al sentido de responsabilidad social de cada lector. “Sensini” como cuento-testimonio, al igual que una gran parte de la literatura de Bolaño, plasma “los testimonios de lo que somos, las profecías de la imaginación, las denuncias de lo que nos impide ser” (Galeano 96).

BIBLIOGRAFÍA

- Bolaño, Roberto. *Llamadas telefónicas*. Barcelona: Anagrama, 1997.
- Bradú, Fabienne. “Escribir desde el lado suave de la toalla: entrevista a Juan Villoro”. *Revista de la Universidad de México*.
- Cáceres, Alexis Candía. “Todos los males es el mal. La ‘estética de la aniquilación’ en la narrativa de Bolaño”. *Revista Chilena De Literatura*, no. 76, 2010, pp. 43-70.
- Carreras Rabasco, Adrián. “Roberto Bolaño: la memoria antiheroica del exilio chileno”. *Revista América Sin Nombre*. Universidad de Jordania.
- Galeano, Eduardo. *Días y noches de amor y guerra*. Madrid: Alianza, 2004.
- Marinescu, Andreea. “‘Testimonio’ In The Lettered City: Literature and Witnessing in Roberto Bolaño’s ‘Amuleto’” *Chasqui*, vol. 42, no. 2, 2013, pp. 134-146.
- Soldán, Edmundo Paz. “Roberto Bolaño: literatura y apocalipsis”. *Roberto Bolaño: la experiencia del abismo*. Santiago de Chile: Ediciones Lastarria, 2011.



El guerrillero, vida de un ejemplo

Jaime Muñoz Vargas

En mayo de 2017 me comuniqué con Saúl Rosales para saludarlo y ver cómo iba todo en sus actividades. Lo encontré, creo, de buen ánimo porque en ese momento estaba por cerrar la organización de un libro. El esfuerzo para configurarlo, me enteré, había sido arduo, y ese esfuerzo estaba a punto de entrar a la etapa de la edición. Ignoro por qué, pero Saúl pensó en mí para esa chamba, y me convidó. Pronto, pues, tuve el original en Word de *El guerrillero Raúl Florencio Lugo: sus palabras y contextos*, que el mencionado Saúl y Eusebio Vázquez venían armando desde hacía meses. Era una labor personal, sin apoyos institucionales, puesta en marcha por dos hombres admirados ante la vida de otro hombre.

Bastó asomar a las primeras cuartillas del documento matriz para que mi admiración por Raúl Florencio Lugo Hernández enraizara también en mi espíritu. Él, hace poco más de cincuenta años, había participado en una de las más grandes hazañas que registre la historia libertaria de nuestro país, el ataque al cuartel de Madera. Junto con otros jóvenes, Lugo Hernández decidió el camino de la lucha armada en una época en la que el sistema “emanado de la revolución” comenzó a hacer agua por todas partes. Como sabemos, el presidencialismo de los sesenta dominaba, mediante el instrumento de un partido y dos o tres corporaciones obreras y campesinas maniatadas, la vida del país, y muchos grupos no adictos o cercamos al poder eran centrifugados o directamente reprimidos. La matanza de Tlateloco es, por ello, un hecho bisagra entre el México del presidencialismo omnimodo al del presidencialismo en crisis que aún sufrimos luego de tantos coletazos.

Antes del 68, lo sabemos, muchos reclamos de ferrocarrileros, maestros y médicos, obreros y campesinos, entre otros, fueron brutalmente reprimidos. El aparato de seguridad interna del Estado mexicano operó para detectar la emergencia de reclamos locales. Si a la ebullición intestinal le sumamos el ejemplo revolucionario de Cuba, lógico era que en el país se dieran expresiones de inconformidad radical, armada. Era, claro, la vía más difícil y peligrosa, pero acaso la única que podía evidenciar las taras de un sistema ya para entonces esclerótico. Tal vía fue recorrida, como dije más arriba, por un grupo de jóvenes encabezados por Arturo Gámiz y Pablo Gómez, quienes habían emprendido la tarea de organizar



Jaime Muñoz Vargas

(Gómez Palacio, Durango, 1964) Es escritor, maestro, periodista y editor. Radica en Torreón. Entre otros libros, ha publicado *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, *El augurio de la lumbre*, *Las manos del tahúr*, *Polvo somos*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan* y *Parábola del moribundo*. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven (1989), de novela Jorge Ibarguengoitia (2001), de cuento de SLP (2005), de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio Laguna*. Algunas de sus obras han sido motivo de estudios académicos, tesis y referencias, entre otras, de la Universidad de Misisipi y de Texas, en EU; de la de Utrecht, en Holanda; y de la de Valladolid, en España. Actualmente es maestro y coordinador editorial de la Ibero Torreón. rutanortelaguna@yahoo.com.mx

meticulosamente, en el Grupo Popular Guerrillero (GPG), a los combatientes y a los grupos de apoyo. El resultado del ataque, lo sabemos, no fue positivo, pues ocho de los guerrilleros cayeron en el intento y otros cinco sobrevivieron. Pero tal resultado fue negativo en el corto plazo, ya que muy poco después Madera se convirtió, y lo sigue siendo hasta la fecha, en un símbolo de inconformidad y rebeldía contra el poder que no ha cesado, en México, de expoliar al ciudadano, de despojarlo de todo bienestar y, quizá lo peor, de alienarlo, de hacerle creer que la lucha social y la organización política son prescindibles y hasta repugnantes.

El guerrillero... es un libro periodístico. Rosales Carrillo y Vázquez Navarro —ambos laguneros, como lo fue el profesor José Santos Valdés, autor del primer libro sobre Madera— se interesaron en dialogar con Florencio Lugo y para lograrlo lo invitaron a Torreón. Ya en La Laguna, el ex guerrillero, hoy radicado en Agua Prieta, concedió la larga entrevista que constituye el espinazo del libro. Saúl Rosales tomó las palabras desgrabadas y las intercaló con comentarios y breves glosas, de suerte que en esta parte los lectores pespunteamos entre lo anotado por el escritor lagunero y lo declarado tal cual por el héroe sobreviviente de Madera. La parte correspondiente a Eusebio Vázquez

contiene algunos artículos y crónicas publicadas en la prensa lagunera, material que pormenoriza cómo, dónde y cuándo Eusebio Vázquez entró en contacto con Lugo Hernández.

Vuelvo a la parte nodal del libro, híbrido además entre la biografía y la autobiografía. Hombre más bien contenido y harto modesto, Raúl Florencio Lugo espigó detalles de su vida no retenidos todavía en ningún otro material publicado. Su niñez difícil, su juventud azarosa y aventurera, sus primeros contactos con la lucha social y la politización, su empuje de soldado popular revolucionario, la herida en el ataque, la huida, el apoyo recibido para

sar, la reinserción en nuevos grupos políticos, Lecumberri, el contacto con el yoga y la vida sentimental, es decir, su vida toda arracimada en páginas que sin duda merecían serlo.

Saúl Rosales me pidió el texto de la contratapa. Yo sólo quería participar como editor en este valioso título, pero no quise declinar el honor porque en pequeño espacio de la cuarta de forros podía decir lo que pienso desde que me enteré, supongo que hace como treinta años, de Madera. Fue, lo sigo creyendo, una derrota pírrica, si se me permite el aparente contrasentido. Esto escribí y esto quedó en el ropaje del volumen:

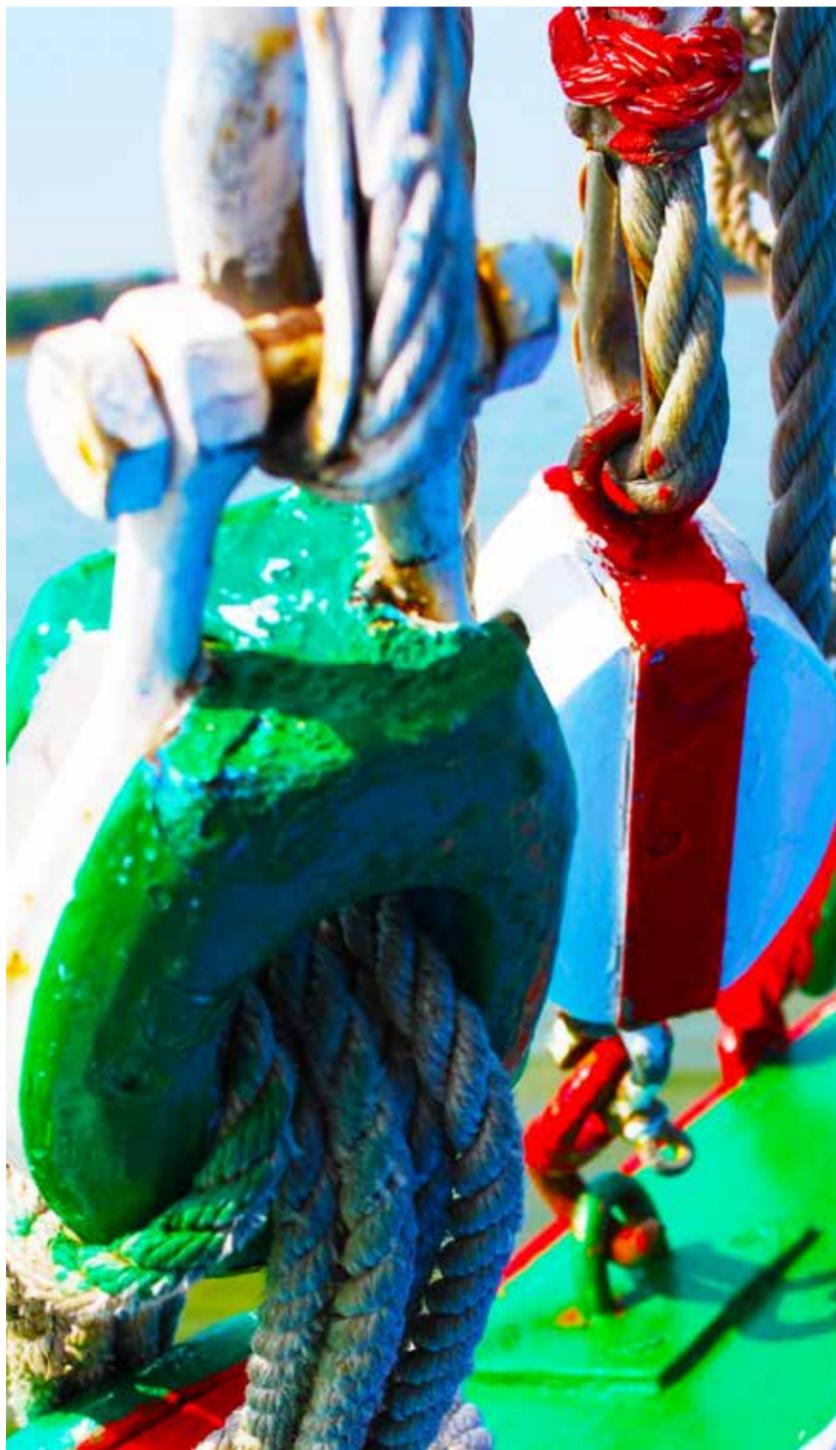
A mediados de los sesenta reinaban en México muchos cacicazgos regionales y el cacicazgo mayor de un sistema de explotación basado en la simulación democrática. Cada seis años, el mismo grupo político se reentronizaba para perpetuar las reglas del siniestro juego que consistía en expoliar al pueblo mexicano y chuparle hasta la última gota de bienestar. Ante ello, un grupo de jóvenes revolucionarios decidió organizarse y tomar por asalto el cuartel de Madera, en Chihuahua, que derivó en la muerte de varios combatientes y en la persecución de otros tantos. Fue una derrota de la guerrilla, pero el ejemplo de su convicción y su arrojo cundió por todo el país. A partir de ese momento, muchos jóvenes en México se sumaron, cada cual en su trinchera, al cuestionamiento de un sistema que sin piedad saqueaba la riqueza del país y truncaba sueños, aunque usar estos verbos en tiempo pasado no es preciso, pues hoy mismo no ha variado gran cosa la realidad, e incluso puede afirmarse que ha empeorado. “Madera” (con este topónimo sintetizamos el hecho históri-

co) fue y sigue siendo pues un ejemplo inapagable de lucha, un recordatorio permanente de la confianza que debemos tener en la organización popular.

El guerrillero, libro de los laguneros Saúl Rosales y Eusebio Vázquez, aborda la vida de Raúl Florencio Lugo Hernández, sobreviviente del memorable combate. Apoyada en una larga entrevista y otros documentos, esta obra testimonia con sencillez y claridad una

parte, no la menos heroica, de la difícil andanza que ha seguido México para lograr su liberación.

Ojalá consigan este libro y compartan mi opinión en el sentido de que es una obra que se le adeudaba a Raúl Florencio Lugo en particular y a la historia de los movimientos políticos mexicanos en general. Es un gusto que ya la tengamos a la mano.



La lección del maestro: microrrelato y escritura en David Lagmanovich

Laura Pollastri

Maurits Cornelius Escher hizo, en 1948, la litografía “Manos dibujando”: en ella, las manos se salen del papel y se dibujan a sí mismas. De este modo, el disruptor del espacio euclidiano en dibujo, mago de perspectivas imposibles, da cuenta una vez más de la prestidigitación en la creación. Un manual de David Lagmanovich publicado en 2006: *Escribir en la Universidad. Manual de estilo para estudiantes y profesores* lleva de ilustración de portada “Manos dibujando”. Como describiendo una operación idéntica pero en el plano de la escritura, Lagmanovich cierra *La hormiga escritora* (2004), su primer volumen de microrrelatos —enviado por él e Inés, su esposa, sobre el fin del año 2004 a los amigos de la familia—, con el texto “Escrituras”:

La línea levantó la cabeza y me mordió la mano con la que escribía. Comprendí que mi obsesión con el microrrelato era excesiva y me puse a escribir un cuento de extensión convencional. Un párrafo se enroscó y saltó hacia mí, hiriéndome en el calcañar con su cola ponzoñosa. Entonces me instalé en el territorio más conocido de la novela. Algunos capítulos suscitan mi desconfianza. Vivo inquieto, maquinando estrategias para proteger la yugular (Lagmanovich, 2004: 92).

La tarea crítica de Lagmanovich en torno al microrrelato se había iniciado en 1971 con un artículo publicado en *La Gaceta* de Tucumán sobre un cuento de Arreola, y continuó en conferencias dictadas por todo el mundo, artículos, ponencias en congresos, seminarios universitarios que se concentran en la producción de su primer libro de crítica y teoría: *Microrrelatos*, de 1999; la edición de la antología publicada en Menoscuarto: *La otra mirada. Antología del microrrelato hispánico* (2005); así como el volumen *El microrrelato: Teoría e historia* (2006).

Con este envío personal de *La hormiga escritora*, Lagmanovich se manifiesta como un escritor de microrrelatos consumado. Si bien en su primer volumen de cuentos —*Réquiem y otros cuentos*— publicado en 1962, aparecen un par de textos breves, “El doble” y “La locomotora verde”, es con *La hormiga escritora* y el volumen de 2005, *Casi el silencio* —también enviado a los amigos para Navidad—, que Lagmanovich

Laura Pollastri

Doctora en Letras en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (1987) y Profesora de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Letras (1979) en la misma casa de estudios. Sus áreas de interés son los Aspectos lingüísticos y literarios en la literatura; La literatura Patagónica (Chile, Argentina); Narrativa hispanoamericana de vanguardia; Dimensiones teóricas del Barroco y el Modernismo latinoamericano; y la teoría del relato breve. Entre sus libros recientemente publicados se destacan *La huella de la clepsidra. El microrrelato en el siglo XXI* (2010); *El límite de la palabra. Antología del microrrelato argentino contemporáneo* (2007); *Microrrelatos argentinos* (2006) y *La revista Aula Vallejo* (2001). Igualmente se encuentran en prensa los trabajos: *Los umbrales imposibles (de la Patagonia al Caribe anglófono, muestra crítica de textos)*, *Disordering the library: the micro-story and the short story cycle* (USA), *El microrrelato hispanoamericano desde las vanguardias* (México); *La minificción en Argentina* (Bogotá). Ha participado en eventos nacionales e internacionales como expositora y en numerosos trabajos de investigación subsidiados. Actualmente es académica en Universidad Nacional del Comahue (UNCo), de Neuquén, Argentina.

adopta el microrrelato en la composición de un libro completo. Quiero detenerme en la lectura del primer volumen.

Brevidades en la poesía y la crítica

La concisión y la brevedad constituyen cualidades indispensables en la escritura para Lagmanovich, estas virtudes que no sólo las cultiva para sí, sino que las recomienda para aquellos que reciben sus enseñanzas. Pongo un ejemplo: un fragmento de un magnífico trabajo suyo, que circula entre alumnos y colegas, explica cómo ejercer la autocorrección. Luego del ejercicio de su pluma inclemente sobre dos párrafos de un escrito, con el que ejemplifica lo que hay y no hay que hacer con la escritura y la corrección, finaliza con la siguiente afirmación:

Me anticipo a una objeción posible: el texto sigue sin decir nada especialmente interesante. De acuerdo; pero por lo menos, lo poco que dice, lo dice más brevemente y con mayor claridad. Y esto último tiene, hasta cierto punto, una definición cuantitativa. La redacción original tenía 111 palabras de extensión; la reescritura, 64 palabras, es decir, 47 palabras menos. El “tenor graso” del trozo, por decirlo así, se ha reducido en la proporción de un 42,34 por ciento. Si no otra cosa, hay en este proceso un ahorro importante de papel. (Lagmanovich, 1994: 128)

Muchas veces, el microrrelato acude a su pluma de manera casi involuntaria y se lo puede encontrar amenizando sus textos académicos, o leer entre sus poemas, o infiltrada en sus ensayos personales. Tomo dos textos, este primero de *Memorias del Imperio*, un libro de poesías de 1994:

VELOCIDAD DE LOS FUNCIONARIOS

Los funcionarios del Imperio
Jamás se dejaban sorprender por la
[oposición.

La Orden del Rápido Cambio premiaba
[los esfuerzos

De quienes aplaudían a los disidentes
[de ayer

Apenas éstos asumían poderes
[dictatoriales

Los funcionarios adherían velozmente
Al nuevo orden de las cosas

Con dedos temblorosos prendían
[escarapelas en sus

Tricornios
Mientras susurraban que el pueblo
[nunca se equivoca

(*Memorias del Imperio*, 1994: 29).

Si bien el texto transcrito pertenece a un libro de poemas, su carácter narrativo nos permite leerlo como microrrelato. Hago el experimento de transcribirlo eliminando la división en versos:

Los funcionarios del Imperio jamás se dejaban sorprender por la oposición. La Orden del Rápido Cambio premiaba los esfuerzos de quienes aplaudían a los disidentes de ayer. Apenas éstos asumían poderes dictatoriales, los funcionarios adherían velozmente al nuevo orden de las cosas. Con dedos temblorosos prendían escarapelas en sus Tricornios mientras susurraban que el pueblo nunca se equivoca.

Aquí, como en muchas partes de su obra, subraya con ironía la crítica política —que todos podemos sentir de actualidad—; otras veces, será la Academia —y no sólo la Argentina—el

blanco de sus dardos.

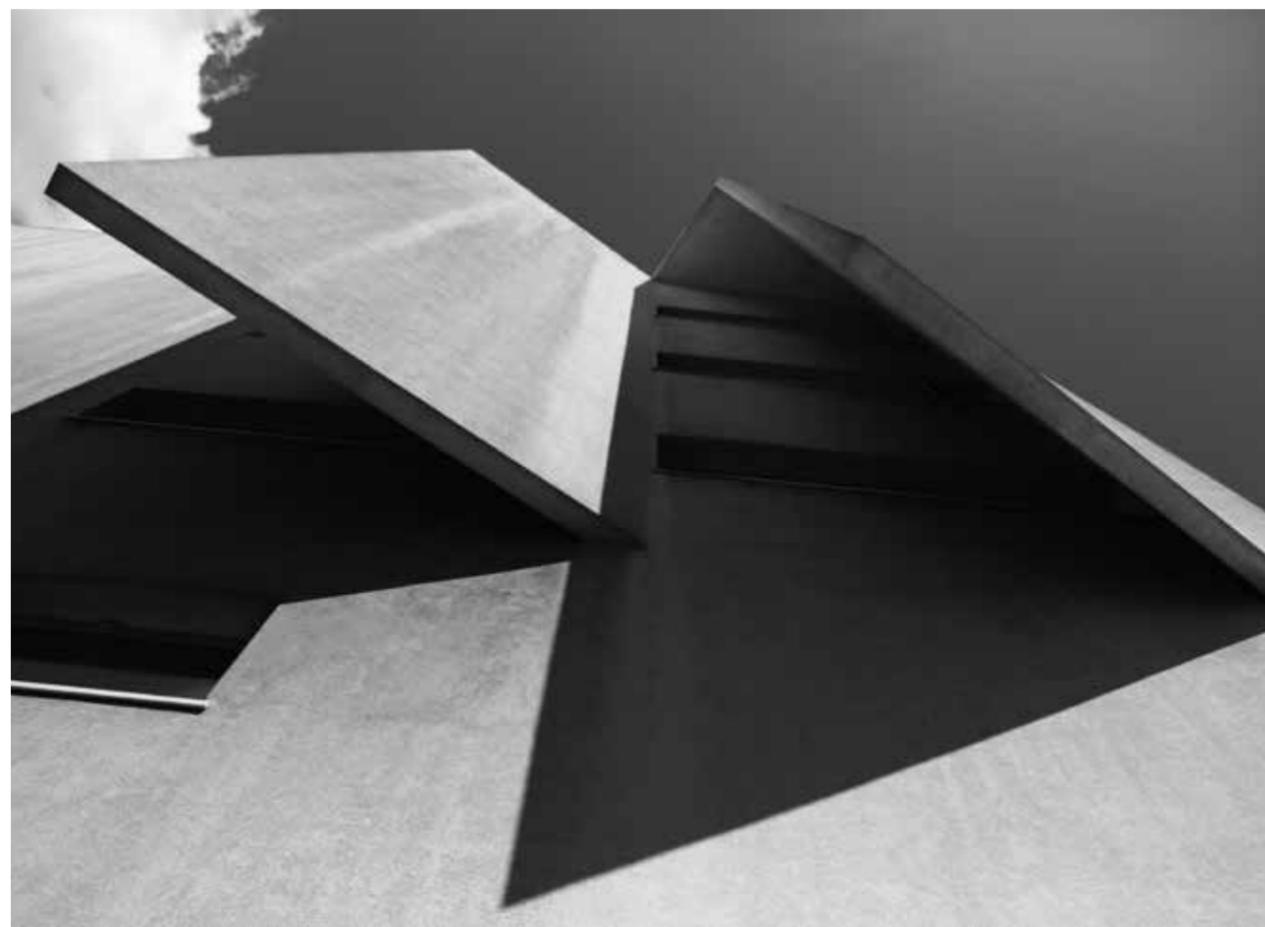
El siguiente texto es del sector “Profesores norteamericanos” con el que se inicia su *Navegaciones y congresos*, volumen también enviado a sus amigos al finalizar el 2002:

Su campo —la novela picaresca española— está cuidadosamente acotado, medido y parcelado por él. Un fluir casi inagotable de artículos, bibliografías, ediciones anotadas, comunicaciones a congresos y demás expresiones visibles de la laboriosidad académica así lo atestiguan. Dick no sólo estudia la novela picaresca y escribe sobre ella: la vive. Su identificación es total. Le interesa más la Pícaro Justina que los pícaros Reagan y Bush, y no habla de libros o escritos, sino de “tratados” y “mamotretos”.

Un día llama a mi casa, preocupado: ha encontrado en sus lecturas críticas un nombre desconocido. “Tú sabes de lingüística”, me dice. “Hazme el favor: ¿me puedes contar algo, como para hacerme una idea, sobre un lingüista llamado Saussure?”

Le cuento algo, claro está: diez o quince minutos —hasta que se aburre— de saussurianismo básico. La lata de siempre: lenguaje, lengua y habla; significado y significante; sincronía y diacronía, y así por el estilo. Dick queda muy complacido: ha develado la incógnita. Me abstengo de decirle que, en cualquier país hispánico, ese grado de ignorancia no sería tolerado en ningún alumno de segundo año de la Facultad... aunque el culpable no supiera quién fue López de Úbeda. (Lagmanovich, 2001:15-16).

Estos elementos, y otros, se recogen en *La hormiga escritora*, un volumen de un centenar de páginas que reúne sesenta microrrelatos repartidos en seis aparta-



dos con los subtítulos “Historias”, “Más Historias”, “Figuras” “Vida cotidiana” y “Escrituras”, además del que le da título al volumen —un pequeño ciclo que bajo el molde de la fábula contemporánea nuclea siete textos con el personaje central de la hormiga—.

La reescritura de pasajes de la literatura universal —las Sagradas Escrituras, la literatura grecolatina, la española, la hispanoamericana— junto con la crítica de la vida cotidiana y el asunto político configuran este libro compacto, donde la ironía, el humor y el guiño cómplice abastecen de múltiples lecturas una prosa tersa y cuidada.

El lector modelo y la referencia

La hormiga escritora apareció en una tirada de 200 ejemplares. Enviado a

sus amigos, y sólo a ellos —porque el lector modelo de la obra creativa de Lagmanovich está trazado desde el vínculo estrecho de la amistad— experiencias, lecturas compartidas y textos publicados asoman en los intersticios de *La hormiga*.

Sin embargo, no se puede descansar en las plácidas aguas de la referencia. En “El concurso”, por ejemplo, se da comienzo al relato con un guiño cómplice: “Al despertar de una siesta de varios meses, el Secretario de Cultura de aquella provincia norteña concibió la idea de organizar un concurso de cuentos” (Lagmanovich, 2004: 83). Si el lector quiere enlazar estas palabras iniciales con el conocido comienzo de *La metamorfosis* de Franz Kafka, queda atrapado en las entretelas

de la referencia. Es que el guiño culto naufraga en la estolidez comarcana y sirve de marco para las desopilantes afirmaciones que siguen: “Convocó a dos abogados locales, considerados escritores aunque nunca habían escrito un libro” (Lagmanovich, 2004: 83). Quienes habitamos en provincias, bien sabemos que estas afirmaciones escapan a toda posibilidad de ficción y constituyen simplemente un descarnado reflejo de lo real.

Así en la trama del libro se registran graciosas referencias a cuestiones que cualquier argentino reconoce: “la invitaron a un programa televisivo a la hora del almuerzo” (Lagmanovich, 2004: 16) se lee en “La hormiga escritora como celebridad”. Y más adelante:

Allí estuvo acompañada por un campeón



de lucha libre que aspiraba a la presidencia de la República; por un transexual que decía añorar su sexo primitivo, y por un sacerdote que, después de su reciente casamiento, había reconocido a varios hijos y solicitaba fondos para mantenerlos. La conductora del programa —una rubia octogenaria— quiso saber cómo se constituían las parejas en el mundo de las hormigas. (Lagmanovich, 2004: 16)

Lagmanovich no desdeña, por menores, las referencias que nos reenvían al mundo inmediato, como es el de la televisión, sino que se sirve de ellas para establecer su mirada irónica sobre los diversos aspectos de lo real.

Los vericuetos del intertexto

Así como podemos visitar a Mirtha

Legrand —la señora octogenaria de los almuerzos televisivos—, recorremos diversas escalas en la literatura universal a través del juego con el intertexto. A veces sólo se planta una mínima huella mnésica, como en “La hormiga escritora y Jericó” (Lagmanovich, 2004: 19): “La hormiga escritora se salvó del cataclismo e inmediatamente comenzó a escribir un cuento en el que moría calcinado José Emilio Pacheco”; hay que conocer el texto del autor, “Jericó” (Pacheco, 1976: 137-138), que el mismo Lagmanovich transcribe en *Microrrelatos*, (Lagmanovich, 1999: 47-48), y que incluye en lo que él denomina “escritura emblemática”. De estos textos, señala que proponen “una visión trascendente de la existencia humana” (Lagmanovich, 1999: 46). Sin embargo, nada ha

quedado de esto en “La hormiga escritora y Jericó”, sino una justicia poética juguetona, al más puro estilo de Augusto Monterroso, en la que el autor ironiza por igual acerca del poder trascendente de la escritura y de la literatura en general —y de sus propios asertos teóricos en particular—, al practicar un ejercicio lapidario con todo presupuesto crítico, teórico y textual.

La realidad, envuelta algunas veces en doloroso sarcasmo, desdibuja la autorreferencia que se lee agazapada en los diversos pasajes del volumen. En “El microrrelatista” (Lagmanovich, 2004: 89) aparece un personaje, Mister Davidson, al que se le atribuyen las siguientes palabras: “‘The best editing is editing out’, la mejor corrección consiste en eliminar”. También se señala al maestro

del microrrelatista: “iba trabajando lo que un maestro suyo había llamado el ‘tenor graso’ del texto, reducido ahora a un solo párrafo” (Lagmanovich, 2004: 89). (¿Cómo no reconocer al Lagmanovich de *Oficio Crítico*?)

El texto “que no tenía nada que envidiar a ningún dinosaurio ni a hombre invisible alguno” concluye al estilo John Barth: “Estaba compuesto por tres palabras: ‘Érase una vez’” (Lagmanovich, 2004: 89) que recuerda, sin lugar a dudas, el texto del norteamericano “Frame Tale”: “Once upon a time there was a story that began” (Barth, 1969). Y son Barth o Escher o el Cortázar de “Continuidad de los parques” las referencias que suscita el texto que cierra el volumen, “Escrituras”.

De este modo, en una superficie textual a primera vista simple, se teje una amplia red de elementos que enlazan los textos del volumen y lo vuelven un todo compacto y complejo.

El humor feroz

Crítico sagaz en el campo de la literatura, Lagmanovich practica la crítica a la vida cotidiana. Su voz no pierde nunca el humor —un humor que en oportunidades se vuelve feroz— que lo caracteriza en las relaciones personales, y cito como ejemplo de ello sus consejos acerca de cómo escribir una carta para rechazar una tesis que aparecen en su *Oficio Crítico*. La carta se inicia diciendo: “Le devuelvo los originales de su trabajo, que usted llama, con notable optimismo, su tesis de doctorado” (*Oficio Crítico*, 94). Con sólo un sustantivo o un adjetivo es capaz de sepultar al interlocutor. Caballero a la vieja usanza, conoce el arte de la injuria abonado desde una estatura ética.

Política, experiencia personal y minificción se conjugan en uno de los

textos más logrados del volumen: “El diploma”. Entre las páginas 74 y 75 se despliega el relato, el soliloquio de un exiliado de regreso a su ciudad natal, La Plata, frente al diploma obtenido durante la dictadura:

¿Y ahora que lo tengo, qué? Examinó el documento. Está firmado por quien era entonces rector de la Universidad, profesor de la cátedra de Grandes Animales de la Facultad de Veterinaria. De él se sabe que cedía los hornos de esa facultad, destinados a la eliminación de restos de animales, para que incineraran allí cadáveres de desaparecidos. A la izquierda viene la firma del decano de la Facultad de Humanidades, un filósofo que nunca pensó. Refrenda las firmas el secretario académico, un individuo que incrementaba sus ingresos actuando como delator de los servicios de espionaje interno de la dictadura. (Lagmanovich, 2004: 74)

Muchos conocemos al menos el nombre de uno de los mencionados. A éstos, nos proporciona el placer de la justicia poética —mínimo al lado de los pesares padecidos en la universidad de la dictadura— cuando nos informamos del destino del diploma mencionado en el texto:

Como no tengo trituradora, uso la tijera para reducir el diploma a algunos centenares de ilegibles tiritas de papel. Luego recojo cuidadosamente los restos, y, en el baño, los arrojo al inodoro y hago correr repetidas veces el agua. Por primera vez desde que regresé del exilio, siento que tanto mi diploma como yo estamos donde teníamos que estar (Lagmanovich 2004: 75)

Algunas veces, como en “El diploma”, señala circunstancias atroces con

delicada ironía y ejercita la denuncia entre los pliegues de un discurso que esconde las cicatrices del pasado; otras, expone los horrores de nuestra historia en un escueto cuadro sin matices, como se lee en “Alejo”: “vieron con asombro que Alejo y el Negro no estaban. Se miraron perplejas, sin entender en un primer momento. Esa mirada les impidió ver el Ford Falcon que se alejaba a toda velocidad y doblaba la esquina para perderse en el aire de la siesta” (Lagmanovich, 2004: 78).

Las redes del paratexto

Como se ve, a pesar del voluntario escrutinio de lectores amigos que Lagmanovich convoca con su envío, *La hormiga escritora* es legible fuera del círculo de la amistad.

Quienes conocemos su obra, advertimos los vínculos que unen *La hormiga* con el resto de sus escritos, y desde los umbrales mismos del paratexto, registramos puentes con el resto de su producción. Como en buena parte de su obra de creación, el volumen aparece dedicado a Inés, su compañera de siempre, y también está presidido por los versos de un soneto de Shakespeare. Por un lado, en su obra creativa, el maestro inglés es utilizado casi como un *I Ching* capaz de responder a todas las preguntas; por otro, este movimiento reitera el respeto y reconocimiento de Lagmanovich por la lengua inglesa. La nota liminar de su *Estudios sobre la traducción poética* señala claramente su postura: “Estas páginas son un homenaje a una de las lenguas fundamentales de la cultura: una lengua que, además de ser la ‘música verbal’ que sintió Borges, es también un instrumento sin el cual ninguna persona culta podría, en rigor, concebir el mundo” (Lagmanovich, 2001: 8). La obra y

la vida de Lagmanovich son ejemplo de acercamiento fraterno entre la cultura anglófona y la latinoamericana, manteniendo y criticando sin concesiones lo mejor y lo peor de ambas culturas.

A modo de envío

En 2005 David Lagmanovich volvió a enviar un volumen de microrrelatos a los amigos para fin de año: *Casi el silencio*. Allí reúne una selección de textos escritos entre 2004 y 2005. El volumen incluye un texto en que la autoparodia de Lagmanovich serviría de divertido corolario a nuestra lectura:

TÍTULOS

Mi amigo escritor publicó un libro de microrrelatos que tituló *La hormiga escritora*. Los textos incluidos eran diminutos y tenían cierta mordacidad que evocaba la picadura del insecto. El libro, de distribución gratuita, fue bien recibido por sus parientes y amigos, entre los cuales tengo el honor de contarme.

Luego compuso otro volumen, llamado *La tortuga veloz*. No tuvo el mismo éxito porque, a pesar de las implicaciones del título, quienes lo adquirieron lo consideraron de lectura un tanto laboriosa, lo que perjudicó la venta de la obra.

Ahora mi amigo está a punto de intentar la publicación de un tercer libro de minificciones, al que no sabe si titular *El ciervo perplejo* o, tal vez, *La mosca que no sabía volar*: En esas dudas se le van los días, y el libro no acaba de ser enviado al editor. Éste, por su parte, propone un título alternativo: *El zoólogo ignorante*. (Lagmanovich, 2005: 151)

De este modo, con una sonrisa, como en el dibujo de Escher o en su propio “Escrituras”, Lagmanovich escribe y “se escribe” de manera permanente, mien-



tras va dejando jirones de sí entrelazados en las páginas de sus libros.

BIBLIOGRAFÍA

- Barth, John. 1968. *Lost in the Funhouse: Fiction for Print, Tape, Live Voice*, New York: Double Day.
- Lagmanovich, David. 1962. *Réquiem y otros cuentos*. San Miguel de Tucumán: Consejo Provincial de Difusión Cultural.
- . “Un cuento de Arreola”. *La Gaceta* (Tucumán), 26 set. 1971.
- . 1994. *Memorias del Imperio*. Buenos Aires: Libros de Tierra Firme.
- . 1994. *Oficio crítico: notas de introducción a la literatura hispanoamericana*. Washington: Organización de los Estados Americanos.
- . 1999. *Microrrelatos*. Tucumán: Cuadernos de Norte y sur.
- . 2001. *Estudios sobre la traducción poética: Shakespeare, Cummings, Merton*. Tucumán: INSIL, Universidad Nacional de Tucumán.
- . 2001. *Navegaciones y congresos*. Buenos Aires-Tucumán: Cuadernos de Norte y Sur.
- . 2004. *La hormiga escritora*. Buenos Aires -Tucumán-Torreón: Cuadernos de Norte y Sur.
- . 2005. *Casi el silencio. Microrrelatos*. Tucumán: Fundación Tiempo de Compartir.
- . 2006. *Escribir en la Universidad. Manual de estilo para estudiantes y profesores*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Pacheco, José Emilio. 1977. *El viento distante y otros relatos*. 3ª edición, México: Joaquín Mortiz.

De los sueños

Hugo Valdés

El reconocido escritor tucumano Hugo Valdés es autor del libro De los sueños, todavía inédito. A continuación, el fragmento de las primeras páginas que amablemente nos cedió.

ARTEAGA

En mis sueños acudo por lo regular a varios lugares que encuentro un poco distintos cada vez, con la consoladora sospecha de que me habré de quedar en alguno de ellos cuando muera. De todo cuanto sueño, un tercio sucede en Arteaga —un pueblo de Coahuila cercano a Saltillo donde viví unos tres años, al borde de mi treintena, y otros tres o quizás cuatro, en la niñez— o en una topografía que se le parece mucho. Como allí están además mis raíces paternas, se entiende por qué derivo tanto en un lugar donde espero se cumpla mi deseo de ser enterrado junto a mis abuelos.

Su casa, de hecho, figura como el primordial hogar amado, el núcleo de la semilla que me expulsó al mundo para solo husmear por allí y, al cabo de un tiempo, reintegrarme con la tarea cumplida al punto de origen. Esa casa ya se dividió y subvirtió, lo cual es superfluo, pues permanece más o menos igual cuando me apersono en ella. Una vez cambió en el aspecto de su entrada: el porche lucía abierto, sin techo, y en los extremos se alzaba vegetación y un par de pinos altos. Bajo la noche apacible, varios de mis primos veían un televisor que alguien sacó mientras convivían sin estruendo, pacífica y felizmente. Hace no mucho se desarrolló allí, estoy seguro, una historia de romance y traición en torno a una cena que ofrecieron unas jóvenes antiguas; durante el curso del sueño todo resultó muy claro para mí, no así al despertar, cuando solo se aferraron a la memoria estos trazos. Alguna vez he arribado ya tarde y tocado a la puerta para que me abra mi tía Manuela, quien vive allí con sus dos hijas. Otra vez encontré una pasteurizadora ocupando casi todo un cuarto, y sus funciones eran ajenas a las tareas de higiene, pues aquello era una máquina con fines científicos. Junto a ese cuarto, en el pasillo de la entrada, vi un árbol cuyo ramaje apenas recuerdo, a diferencia de las voluminosas raíces expuestas continuando en el grueso tronco, como si fuera uno de los álamos que crecían enfrente, del otro lado de la calle, alimentados por las acequias. De un hueco que se abría entre las raíces-tentáculos yo salía y entraba, sin pasar por lo visto de la primera concavidad bajo el árbol. Del otro lado del pasillo está la cocina, en la que parece celebrarse de manera perenne la Nochebuena con mis tías y mis abuelos. A estos

Hugo Valdés

(Monterrey, 1963) ha publicado las novelas *The Monterrey news*, *Días de nadie*, *El crimen de la calle Aramberri*, *La vocación insular*, *Breve teoría del pecado* y *El asesinato de Paulina Lee*. Y los libros *El laberinto cuentístico de Sergio Pitol*, *El laboratorio del crepúsculo y otros ensayos*, *Ocho ensayos sobre narrativa femenina de Nuevo León*, *El dueño y el creador: Un acercamiento al dédalo narrativo de Sergio Pitol* y *Fulguración y disolvencia de Santiago Vidaurri*. Ganador del Certamen Nacional de Literatura Alfonso Reyes en 1994, del Premio Universidad Autónoma de Nuevo León a las Artes (UANL) en 2007, y del Premio Nuevo León de Literatura en 2012. hugoval63@yahoo.com.mx

nunca los veo directamente —no suelo soñar con difuntos en estos “espacios de la muerte”, como Héctor Alvarado llama a los sueños en *La canción del bonsái*—, pero sé que están allí, entre ese grupo festivo que o prepara alimentos o los consume. La estufa aparece cerca de la ventana que da al patio, donde no recuerdo que estuviese nunca. Sin embargo, pareciera figurar allí ahora para tener presentes la dimensión y la importancia de ese patio que vincula la serie de piezas distribuidas alrededor, tanto las adosadas al bloque original de la casa como las que surgieron con los años según las necesidades de espacio.

Uno de los más bellos sueños que he tenido es cuando mi abuelo funge de narrador y vigía de una aventura que está por vivirse en la montaña frontera al pueblo. Al cabo, el grupo de muchachos que la protagonizamos vuelve sin novedad ya por la tarde. Es una historia sin centro que presume un acontecimiento

del que poco se sabe —un vago acuerdo conspiratorio entre todos al regresar, risas y carreras por el apremio de presentarnos cada uno en sus respectivos hogares para no ser regañados, bagatelas coreográficas así— y donde solo importa la figura del abuelo alzándose imponente al fondo, como la propia montaña o los bustos de esos personajes que tutelan algunas composiciones plásticas.

La casa que tenemos en Arteaga y que mira a la carretera y al cementerio, pese a colindar con la de los abuelos mantiene su condición de aislamiento. Imposibilitado de entrar y ocupado en mirar por una de las ventanas, me tocó presenciar una vez cómo unos pequeños bustos de pasta que había por allí empezaron a hablar como personas. Otra, atestiguar que sus muros habían crecido dos o tres veces su tamaño original y que sobre ellos se tendía una estructura metálica para soportar un tejado de zinc de dos

aguas: se había convertido en sede de un templo protestante. Atisbando en una propiedad vecina desde el patio —cosa improbable en la realidad porque la casa limita por ese lado con un corredor—, sorprendí un lechón en llamas: vivo y sin despellejar aún, pese al sufrimiento no lo escuché gritar ni moverse del sitio donde ardía. Alguna vez Güero, mi tío Gabriel, caminaba por un costado de la casa unos pasos delante de mí —yo no veía su rostro y más bien sentía el andar de su silueta—, comentando estar enterado de que justo en esa parte se aparecía un fantasma. No lo distingo más y dentro del sueño recuerdo que mi tío murió hace mucho: él mismo era el aparecido que me ponía a cubierto de otras figuraciones como él.

Sin embargo, los sueños más persistentes que ocurren en este lugar se refieren a cómo paso o debo pasar allí la noche. Habitado a dejar mi automóvil lejos de la entrada, sin razón para ello,

amén de otros rituales preparatorios cuando llego a la casa y la encuentro con ligeros cambios —puede alzarse sola en medio de la nada, sin ninguna vivienda en el entorno; puede ser pequeña y recoleta, casi como un depósito prefabricado para almacenar cachivaches—, a veces mi padre pasa también allí la noche y ocupa otra recámara. Yo me preparo para dormir sin preocuparme de que la cama se localice en la sala, junto a la puerta. Entiendo que el sueño al que debo rendirme es el más profundo de todos, como emprender un viaje hacia esa noche que hay dentro de la noche.

Uno de los sueños que más me han complacido es aquél en el que se yergue un caserón antiguo, estilo norteamericano, dentro de la extensión del rancho que perteneciera a mi bisabuelo Pascual y luego a mi abuelo Braulio. No está claro si aquella finca en toda forma, bordeada con cercas y con un jardín medio cultivado en su parte posterior, sea efectivamente propiedad nuestra, además de que el camino para llegar a ella de pronto se curva y alarga, poniendo algo de distancia y desinterés en el deseo de querer visitar a la dama anciana que, lo sé sin más, vive en esa casa.

En muchos otros de los sueños que transcurren en este lugar, distante solo unos kilómetros de la casa del pueblo, me invade la preocupación cuando sé que llegará gente a visitarme, y no estoy provisto con ninguna clase de comida ni bebida para atenderlos. Los invitados llegan de pronto y el hecho de que haya o no comida pasa a un segundo plano. El convivio se efectúa, siempre de pie, aun cuando cerca haya sillas o superficies donde sentarse, como subrayando así la perentoriedad, la fugacidad —y la ilusión— del encuentro. Porque el sueño

se acaba muy pronto, casi enseguida de que mis amigos lleguen, y en mí quedará la sensación de que algo no estuvo bien, que la reunión debió prepararse con verdadero cuidado. De hecho, en otras variantes de estos sueños me encuentro a la espera de la gente, pero ahora con comida de sobra —un asador lleno de carne, por ejemplo— y lo que vendrá a fallar será la inasistencia de los esperados amigos.

Otros de los sueños se desarrollan en torno a tanques o pilas enormes que poco se parecen a las varias pilas de riego apostadas en uno u otro punto de la propiedad. Al borde o dentro de esas construcciones colosales he gozado de una laxa eternidad, sin preocuparme en absoluto por nada más sino estar allí, asombrado algunas veces del tamaño que tienen esos depósitos de agua que yo recordaba mucho más pequeños, más funcionales y prácticos que esas construcciones interminables hechas así quién sabe para qué exactamente.

Otras veces, y esas durante una época constituyeron una importante cantidad, el rancho es a lo sumo una o dos casas habitación, uno o dos bloques de corrales, un taller muy apartado de las casas o los corrales, y una pura intuición del resto: no se ven o se saben los límites porque no hay el menor interés en ellos. A un costado de la casa de mi bisabuelo, donde se abre y eleva el camino hacia la lejanía de la sierra, se supone que hay casas donde habitan más trabajadores. De noche es zona inhóspita. Cierta tensión entre los trabajadores o encargados del rancho y yo, o entre ellos y mi padre, produce desconfianza y lo mejor es no separarse de esas casas y corrales que nuclea la noción de un todo que, al parecer, no es estrictamente de nosotros, por eso es que los trabajadores asumen

con frecuencia, y creo que a su pesar, la misión de ir a ver la condición en que se halla una cerca de la que de pronto se tiene noticia, o cerrar una puerta distante, o ir lejos, fuera del rancho, o afrontar situaciones de las que no sé en realidad nada.

Todo está siempre a oscuras. La superficie del rancho es muy inclinada respecto a la real, y se antoja incluso que la propiedad luce su parcelación de manera artificiosa: el terreno se divide en figuras geométricas muy grandes, con los límites bien marcados, a fin de simular que lo que hay allí, bajo los pies, es un campo tal como se nos ha enseñado que luce en la cotidianidad, pero este del sueño se presenta engañosamente urdido, como si se tratara de una enorme sábana tendida y tejida sobre la tierra, formada con grandes trozos trapezoidales.

Luego de esta persistencia, los sueños se han centrado más en lo que sucede en el interior de la pequeña de casa de campo. Un par de veces ha lucido más amplia, con un segundo piso que no necesita y todo un muro descubierto haciendo de ventanal. Pero, en general, conservando su tamaño y una distribución muy semejante a la real, en ella escucho cómo mi padre busca o acomoda herramientas o tornillos y tuercas de uso industrial en el par de estantes que se ubica a unos pasos de la cocina, cuando anaqueles y toda clase de fierros han tenido siempre su sitio en la bodega, en la casa que fuera de mi bisabuelo. No me preocupo de este trazo inhabitual, porque lo mejor de todo es algo a lo que apenas presto atención mientras sucede: mi padre y yo estamos juntos en el mismo espacio, haciendo cada quien lo suyo, y él tiene aún bastante energía para ocuparse de las numerosas tareas que demanda cualquier rancho.



Viaje a París

Daniel Lomas

S oñé que una mañana, al momento de despertar, caía en la cuenta de que Fabiola no se encontraba a mi lado. Al principio, como sentía que una densa fatiga me adormecía hasta los huesos, peor aún que si hubiera ingerido una droga, creo que no le presté ninguna importancia y la única variante fue que me removí sobre la almohada, tal vez para seguir roncando. Pero un segundo más tarde, tras un relampagueo mental que me atacó como un aviso, me vino la certeza de que ella se había marchado a París. ¡Carajo, se ha ido a París! Y ahora sí que me desconcerté de pies a cabeza, literalmente. ¡De viaje a París!, ¡y sin mí!, ¡sin avisarme por lo menos!

Todavía apreté los ojos durante unos instantes (todo dentro del sueño, claro), y esta ocasión me fue revelado que en esas fechas estaban por celebrarse unos Juegos Olímpicos y que la sede de tal evento deportivo sería nada más y nada menos que París. Despabilándome un poco, me apareció en la mano el control remoto de la televisión y la encendí a distancia. Cosa curiosa, pues en la realidad yo detesto la tele y jamás se me ocurre encenderla si estoy recién despertado, pero por lo visto en el sueño carecía de ese escrúpulo. Y bueno, casualmente, en el primer canal que capté en la pantalla, se transmitía un noticiero matutino. No recuerdo muy bien haber oído hablar el idioma francés, pero qué importa eso. Sea como sea, lo relevante sucedió a continuación. Coincidió que, detrás del escritorio informativo, la locutora que comentaba las noticias (era una joven rubia con el cabello rizado), hablara en ese preciso momento sobre la inauguración de las próximas olimpiadas, y luego, conforme su voz se iba distanciando, una voz en *off* que sonaba algo así como un acuático glu-glu-glu hundiéndose bajo una piscina, se empezó a difundir una serie de imágenes de París. En la pantalla, vi a miríadas de turistas paseando por la Ciudad Luz. Ajá, toda una mar de humanidad que oleaba a lo largo de las calles. Calles a las que yo, por cierto, quizás como aún no he tenido la fortuna de viajar al viejo continente, les encontré un parecido no tan vago con ciertos callejones del corazón de Guanajuato, con la diferencia de que allá tanto las otoñales plazoletas como la seriedad de sus antiguos monumentos y las fachadas más simplonas lucían de cantera.

Veía con atención tal secuencia de imágenes cuando de repente, oh asombro, en una toma filmica más cerrada, distinguí que Fabiola iba avan-

zando entre la multitud. La vi de espaldas y la reconocí gracias a su abundante y larga cabellera. No había duda, era su cabellera a contraviento, negra y lacia, inconfundible para mí. Parecía incluso que se hubiera peinado con la pistola eléctrica, como en las noches de fiesta en que salimos juntos a parrandear, cuando en casa ella se esmera al máximo en su arreglo personal y su vanidad femenina es capaz de durar las horas frente al espe-

jo. Ahora sí que salté de la cama y, apresurado, di unos pasos directo a la tele. Y todavía, en otro acercamiento más de la cámara cuyo encuadre se fue achicando, durante una fracción de segundo y al sesgo, alcancé a ver el perfil de Fabiola y su diminuta nariz, que se desvanecieron al instante siguiente. Era increíble, era Fabiola a pie por París. Como si no hubiera sido un hecho suficientemente mágico el encender la televisión y ver un noticiero de París, también ella aparecía en la pantalla.

Mi reacción inicial fue perseguirla hasta París. Recuerdo que la mañana era un manantial de luz irradiante y que yo me sentía completamente despierto (todo dentro del sueño, claro). En calzoncillos, busqué por la recámara un pantalón con que vestirme; de inmediato, metí las piernas dentro; supongo que era el mismo pantalón de mezclilla que había usado el día anterior, puesto que en un bolsillo trasero encontré el

ya no digamos para costear el boleto del traslado, sino sencillamente para pagarse una buena comida en algún restaurante decente. Pero al contrario, fuera de toda lógica, yo sentía plena confianza portando mi billete de Sor Juana Inés de la Cruz. Iré a París. Todo es cuestión de alcanzar a Fabiola allá en París. De seguirle los pasos hasta París. Dirigirme a París y rastrear su paradero a como dé lugar, me dije entusiasmado.



bulto de mi cartera. Y cometí entonces un gesto que considero hermosísimo: al echar un vistazo al interior de la cartera con tal de cerciorarme de cuánto dinero disponía, por todo patrimonio hallé sólo un billete de doscientos pesos, de color verde como son en la actualidad, el busto de Sor Juana Inés de la Cruz estampado al centro del billete. Me alcanzará para el viaje y los viáticos, deduje en un silencio interior. Fue una cosa de risa. No reparé siquiera en que tal cantidad es sumamente irrisoria,

Acto continuo, y sin más demora, me dispuse a viajar con destino a París. Aunque en el mundo de la vigilia Fabiola y yo vivimos en una casa que no es pequeña, en la neblina plateada de aquel sueño habitábamos en cambio en un departamentito. Dejé la habitación atrás, crucé veloz por un costado de la salita y a grandes trancos bajé por el cajón de las escaleras, cuya puerta de entrada se abría directamente sobre la calle. Y me ocurrió entonces otra grata sorpresa: al empu-

Acto continuo, y sin más demora, me dispuse a viajar con destino a París.

Aunque en el mundo de la vigilia Fabiola y yo vivimos en una casa que no es pequeña, en la neblina plateada de aquel sueño habitábamos en cambio en un departamentito. Dejé la habitación atrás, crucé veloz por un costado de la salita y a grandes trancos bajé por el cajón de las escaleras, cuya puerta de entrada se abría directamente sobre la calle. Y me ocurrió entonces otra grata sorpresa: al empu-

Daniel Lomas

(Torreón, Coahuila, 1978) es poeta y narrador. Estudió la licenciatura en Derecho en la Universidad Iberoamericana Torreón. Ha coordinado diversos talleres literarios. Cuentos y poemas suyos han aparecido en la revista *Acequias* de la Ibero Torreón y han sido incluidos en los libros de carácter colectivos *Hoy no se fía*, *Mañana tampoco* y *Coral para Enriqueta Ochoa*. En 2007, bajo el sello editorial Arteletra, apareció *Una costilla de la noche*, su primer libro individual. En 2013 publicó la semblanza biográfica *Tomás Ledesma, Veladuras que pinta el tiempo*, y también su primera novela *Morena de mar*. En 2014 ganó el premio Clemencia Isaura con su poemario *Chantajes del olvido*.

viejodongato@hotmail.com

jarla, la puerta no giró hacia el bulevar de todos los días, un bulevar con su camellón central sembrado de césped y de árboles pero bastante sucio de claxonazos, caótico de prisa y del endemoniado tráfico de los vehículos, sino que más bien cedió ante una avenida de París. Así fue, la puerta se abrió en París. Nada de volar largas horas en un avión por encima del mar Atlántico y de la distancia. No. De un parpadeo, estaba ya instalado en París. Qué maravilla: giras el picaporte de tu domicilio y desembocas a miles de kilómetros de distancia bajo el amplio cielo parisiense. Yo, francamente, me lo tomé con mucha naturalidad.

Enseguida, me zambullí entre el gentío y la mañana luminosa que parecía emitir destellos blancos por todas partes, como si la ciudad hubiera sido construida de cristales. Sin embargo, muy pronto presentí que ahora empezaría una seria dificultad: cómo localizar a Fabiola entre la agitación de aquella marea humana. Pues, efectivamente, había una legión de miles de turistas que inundaba las principales avenidas de París. Seguramente eran las mismas gentes que recién había visto hace un par de minutos en la televisión. Y en fin, apenas me había asaltado tal pensamiento (o mejor dicho, tal vacilación) mientras que recorría los primeros pasos, cuando de súbito mi búsqueda se vio afectada y tergiversó casi por completo su sentido. Y es que, inesperadamente, me fui a encontrar con una vieja amiga a quien yo no saludaba desde muchísimos años atrás. ¡Caray, Laura Denis, qué gusto! Nos vimos cara a cara, y ella, alegrándose, me saltó al cuello con efusividad para apretarme con un abrazo, tal y como si yo fuera su tabla de salvación. Ignoro qué haría

Laura en París y antes de preguntarle cualquier frivolidad, le oí una súplica a quemarropa:

—Daniel, por favor ayúdame —vi que su expresión se mal dibujó con un rictus de angustia—. Me estoy muriendo de hambre. Llevo más de tres días comiendo puras telarañas y no tengo dinero.

—No te preocupes —y la tomé del hombro, afablemente—. Vamos a un restaurante para que pidas algo —alcancé a responderle; muy espléndido, yo, con absoluta confianza en mi billete de Sor Juana Inés de la Cruz.

Digo que alcancé a responderle, puesto que aquella frase de “llevo más de tres días comiendo puras telarañas” me produjo un impacto tan fuerte que me activó la conciencia; me encendió las alarmas de la realidad y de la lucidez. Y supe entonces que estaba soñando. Tras ello, aquel París ilusorio que recién empezaba a pisar, se fue al maldito traste. Desperté, o para ser más exacto, desperté a medias, y aunque no abrí los ojos de inmediato sí que me percibí de regreso: gravitando en medio de la habitación a oscuras, pues sentí el peso de su negro abismo sobre los párpados. A esa hora, el sol del amanecer no rompía todavía contra las persianas. Y rápido me lamenté: ¡Mierda, perdí a Fabiola!, ¡se me perdió en París!, ¡cómo carajos le fui a perder la pista! Obvio que aún seguía bajo el influjo del sueño, extraviado en ese territorio incierto de confusión mental en el que sueño y vigilia son la misma sustancia pantanosa. ¿Por qué demonios me distraje dejándome arrastrar por Laura Denis hacia un restaurante?, me lo recriminé en el alma. Y exhalando un fuerte suspiro de desesperación, intenté abrir los ojos, que me pesaban desenfocados. Toda la angustia que no había experi-

mentado en el trance del sueño, se me agolpaba ahora por las venas. Ah pero cómo eres bruto, me tranquilicé a mí mismo un segundo después, en cuanto estiré un brazo y descubrí que Fabiola dormía al otro lado de la cama. Si mal no recuerdo, creo que palpé su rostro y la oí ronronear con disgusto. Al fin respiré aliviado.

(Abriré un paréntesis para añadir un último comentario, que es además verídico y viene bastante a cuento: En la vida real, hace más de veinte años, yo conocí a Fabiola gracias a la intercesión de Laura Denis. Un anochecer de verano, a la salida de un día de clases —ya que los tres estudiábamos en la misma preparatoria—, las encontré a ellas dos charlando vivamente en una cafetería. Al verme franquear la puerta de entrada, Laura se levantó de su mesa, vino a mi encuentro y me llevó junto a Fabiola. Saludé a Fabiola con un beso en la mejilla y se quedó en mi vida).

Pero ahí en la cama, recién despertado, o, recién desangustiado, por supuesto no estaba en condiciones de recordar tal episodio de mi juventud. Libre del nerviosismo, me limité a dar un medio giro sobre las sábanas a ver si conseguía roncar otro poco, aunque sin duda ya era tarde para retomar el hilo de mi aventura por París. ¿Me pregunto si en el sueño Laura Denis volvería a presentarme a Fabiola por segunda ocasión? Me quedará la incógnita, pues no cabe ninguna posibilidad de despejarla. Como seguramente le ha ocurrido a todo el mundo, la razón crítica vino a nublarne la inventiva del sueño, y todo por la culpa de esa mugrosa frase, del alimento tenebroso: comer telarañas. Fue una lástima, y vaya que me habría gustado continuar soñando más barbaridades.

De *Grado* y otras páginas

Leandro Hidalgo



Sujeción

Éramos dos siluetas negras, de espaldas, mirando por el ventanal.

Éramos dos sombras de la mano contemplando esa inmensidad, y así hasta que nos vimos nosotros adentro, jugando todavía a la juventud.

Conjetura

Todas las veces que el viento te despeina te ves igual. Cuando en la ruta bajás los vidrios, cuando te lamentás, cuando te reís, el pelo siempre te da un marco especial, y sin embargo para mí es siempre el mismo. Me recuerda que aun vivimos. Y qué desgraciada es la prolijidad, porque ella me lo hace olvidar.

Paro de contar

Reunión

Se encuentran el Chavo, Maradona, el Che Guevara y Julio Cortázar.

El Chavo dice, no seas menso, Julio, el Che tiene razón. A lo que Maradona aduce, pero si está, justamente, diciendo que tiene razón. Cortázar dándose fuego, dice, para mí está bien, estoy de acuerdo. Entonces el Che

Leandro Hidalgo

(Mendoza, Argentina, 1981) es escritor, sociólogo, especialista en educación. Entre sus obras se encuentran *Instantáneas-100 fotos* (2005), *Capacho* (2010), *Grado* (2014), *Irresponsables* (2015) y *Zona paréntesis* (2016). Sus textos son recopilados en diversas revistas y antologías de habla hispana. Colabora en distintos medios de prensa con artículos de opinión. En 2015 recibió en Mendoza el Premio Uno escenario Artista Revelación. www.capachobonsai.blogspot.com

dice, muy bien, vamos por la vecindad, empecemos por el Señor Barriga.

Temperaturas

/Con ayuda de Raúl Brasca/
Carlos pone las manos en el vidrio empañado. Luciana apoya los labios en el vidrio empañado. Miguel escribe su nombre en el vidrio empañado. La sociedad está en vidriera. Afuera hace demasiado frío y adentro mucho calor.

Salida de emergencia

En un subte para ateos, reza un cartel: “En caso de Dios, rompa el vidrio con el martillo”.

Resbalón

Los equilibristas son un ejemplo para los que tenemos salarios tan paupérrimos. Ellos usan paraguas para evitar las caídas violentas, nosotros para zafar de la lluvia de equilibristas.

Amor a la Patria

El Gral. José de San Martín cayó de rehén a manos de un grupo de mujeres conocidas como las Patricias mendocinas. Tiempo atrás, estas habían ayudado a Don José en el armado de su campaña libertadora, donando joyas, bordando banderas y confeccionando uniformes, en clara muestra de vocación patriótica. Pero luego las cosas habían cambiado, de modo que las más representativas del grupo, Margarita Corvalán, Felipa Sosa y Martina Silva de Gurruchaga exigieron a San Martín la visita inmediata de al menos cinco de sus soldados más dotados. A punta de pistola, el Padre de la Patria tuvo que aceptar. Tres de los cinco que asistieron eran negros. Las damas patrióticas bebieron y los emborracharon, los animaron con músicas y sometieron a sus antojos más lujuriosos.

Esa noche, hasta el caballo blanco del General relinchó.

Irresponsables

Somos irresponsables, culpables de lo que no está hecho, odiosos de la obligatoriedad del acto. No tomamos magnitud, ni percibimos ninguna deuda. La omisión y el desánimo no representan un castigo para nosotros. Dejamos para mañana lo que podemos hacer hoy.

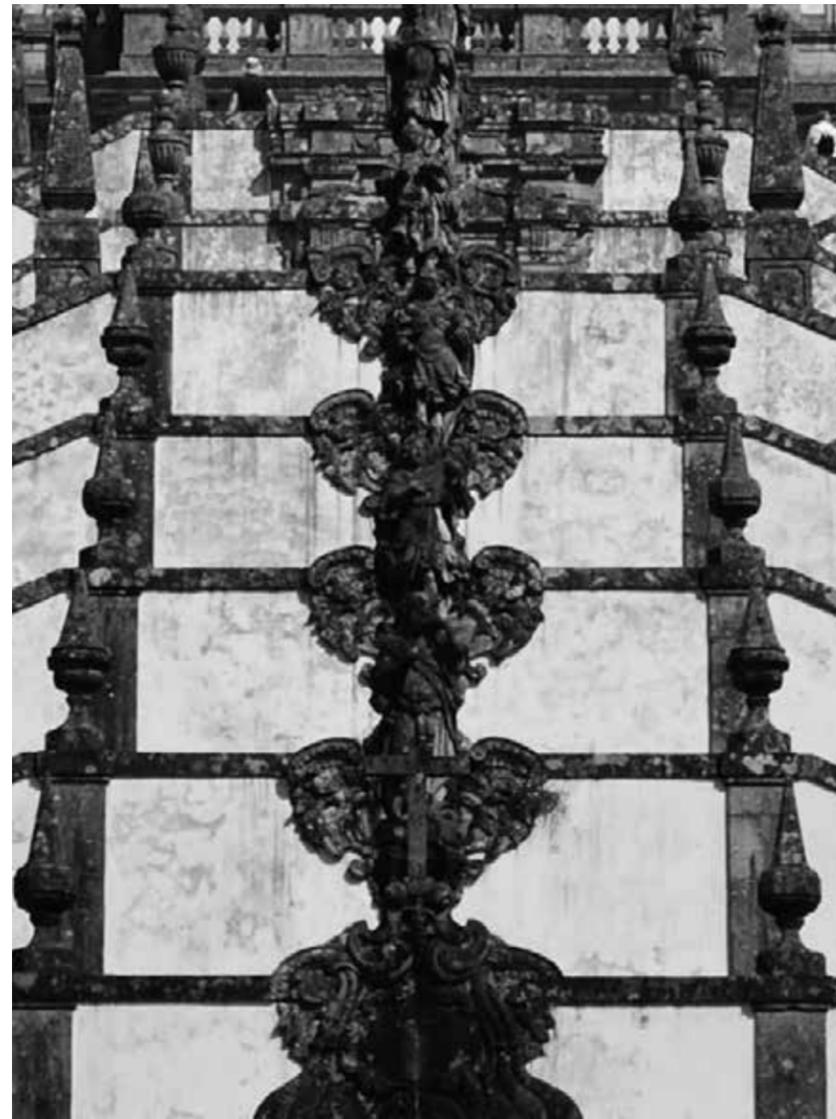
Cada vez que no vibró, lo soltamos; si se quería ir, lo dejamos; si se quería quedar, lo quedamos. Asumimos las consecuencias y a veces no sabemos ni cuáles son. Somos niños que guerrear las batallas inútiles que nos inventamos librar. Somos un jardín de infantes en Alcatraz. No verificamos, no somos

exactos, no lo entendemos, no disponemos de pruebas para nada de lo que decimos.

Somos irresponsables, infractores de lo que no hemos escrito por nuestra cuenta, pero inocentes de lo que hacen los responsables en nuestro nombre.

NOTA

Los textos “Sujeción” y “Conjetura” son inéditos. “Paro de contar” y “Reunión” pertenecen al libro *Instantáneas-100 fotos* (2005). “Temperaturas”, “Salida de emergencia”, y “Resbalón”, pertenecen al libro *Capacho* (2010). “Amor a la patria” es del libro *Grado—microficciones sobre la Historia Argentina—* (2014). “Irresponsables” pertenece al libro que lleva este mismo título (2016).



Acequias

REVISTA DE DIVULGACIÓN ACADÉMICA Y CULTURAL

Acequias es una revista interdisciplinaria que aparece tres veces al año: en Primavera (abril) Verano-Otoño (agosto) e Invierno (diciembre). Es editada por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y dirigida sobre todo a la comunidad que integra la Ibero Torreón y el Sistema Universitario Jesuita.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la que se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, además de que esta palabra contiene entre sus grafías las siglas de nuestra Universidad: *Aceq-ua-s*.

Su acceso en la página web de la Ibero Torreón es gratuita para todos los usuarios de internet, y todos los ejemplares permanecen disponibles sin restricción de tiempo y lugar.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la Ibero Torreón, *Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros y películas o textos de creación literaria. En consideración a la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista y a su espíritu divulgativo, recomendamos evitar vocabulario especializado, así como excesivo aparato erudito. Los textos deberán estar escritos de manera clara y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al decidir que deseas colaborar.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio en fuente Arial de entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original en versión digital. Los textos deberán llegar complementados con la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la Ibero Torreón si la hay
- Breve información curricular
- Autorización para agregar la dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia de los autores, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, pertinencia, extensión y cupo. Los textos que lo requieran recibirán corrección de estilo en el entendido de que deberá ser la más mesurada posible. Debido a la gran cantidad de colaboraciones propuestas para su publicación, el Comité Editorial no asume la tarea de emitir sus dictámenes a los autores por ninguna vía.

Los materiales propuestos deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón. También pueden ser entregados a los editores o enviados a la dirección electrónica: publicaciones@iberotorreon.edu.mx y jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx. La fecha de cierre del número 74 de *Acequias* será el 15 de noviembre de 2017.

Continúa tu crecimiento y actualización a través de nuestros programas

Consulta nuestra oferta Otoño 2017

NEGOCIOS | DISEÑO | COMUNICACIÓN | GASTRONOMÍA | SALUD
CALIDAD | DERECHO | DESARROLLO | TECNOLOGÍA | IDIOMAS
MERCADOTECNIA | INNOVACIÓN | ESPIRITUALIDAD
INFORMÁTICA | CULTURA | FOTOGRAFÍA

“Dentro de este último curso seguimos aprendiendo y desarrollando herramientas que nos ayudaron a evaluar al personal que está bajo nuestro cargo, pero lo más importante es que muchas de estas herramientas se basan en una formación humanista, ver más allá del porque los colaboradores se desempeñan de cierta forma, que pasa con ellos en la parte personal que definitivamente impacta en su desempeño laboral.”

Lic. Blanca Olivia Valenzuela García,
Subdirectora de Desarrollo Humano.
Centro de Rehabilitación e Inclusión
Infantil Teletón Durango



IBERO
TORREÓN

EDUCACIÓN CONTINUA

iberotorreon.edu.mx
7051055 | 7051066
WhatsApp: 8714 79 20 75
Facebook/educacióncontinuaiberotorreon
Instagram:@educacioncontinuaiberotorreon
educacion.continua@iberotorreon.edu.mx

